AYER Y HOY

(NÚMERO EXTRAORDINARIO)

N.º 50

Noviembre - Diciembre 1955

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 11/1955.

NUESTRA PORTADA

La Torre de la Catedral, desde las **Carreras.**

Dibujo de Antonio Maeso.

SUMARIO

El Hermano Marcelo, *por Victorio Macho.*

Moguer de Juan Ramón Jiménez, *por Fernando Allué.*

Toledo y San Juan de la Cruz, *por A. Gómez Camarero.*

Desde su ladera, *por Francisco S. Hierro.*

Sección poética *(Eduarda Moro, P. Juan Alberto de los Cármenes, Mario Angel Marrodán, Julio Alfredo Egea, Miguel Cortés, Juan Antonio Villacañas, Gonzalo Payo, Julián Sánchez y Clemente Palencia).*

La Navidad en el arte, *por Guillermo Téllez.*

Origen de los belenes, *por Fr. Luis Angel de la Fuente.*

Villancicos para artistas toledanos, *por Nicolás S. Prieto.*

Cuentecillo intrascendente, *por Manuel Martín Mirón.*

Las uvas, *por Angel Palomino.*

«La Beata», *por F. Espejo.*

Al correr el tiempo, *por Francisco Zarco Moreno.*

Asociados al finalizar el año 1955.

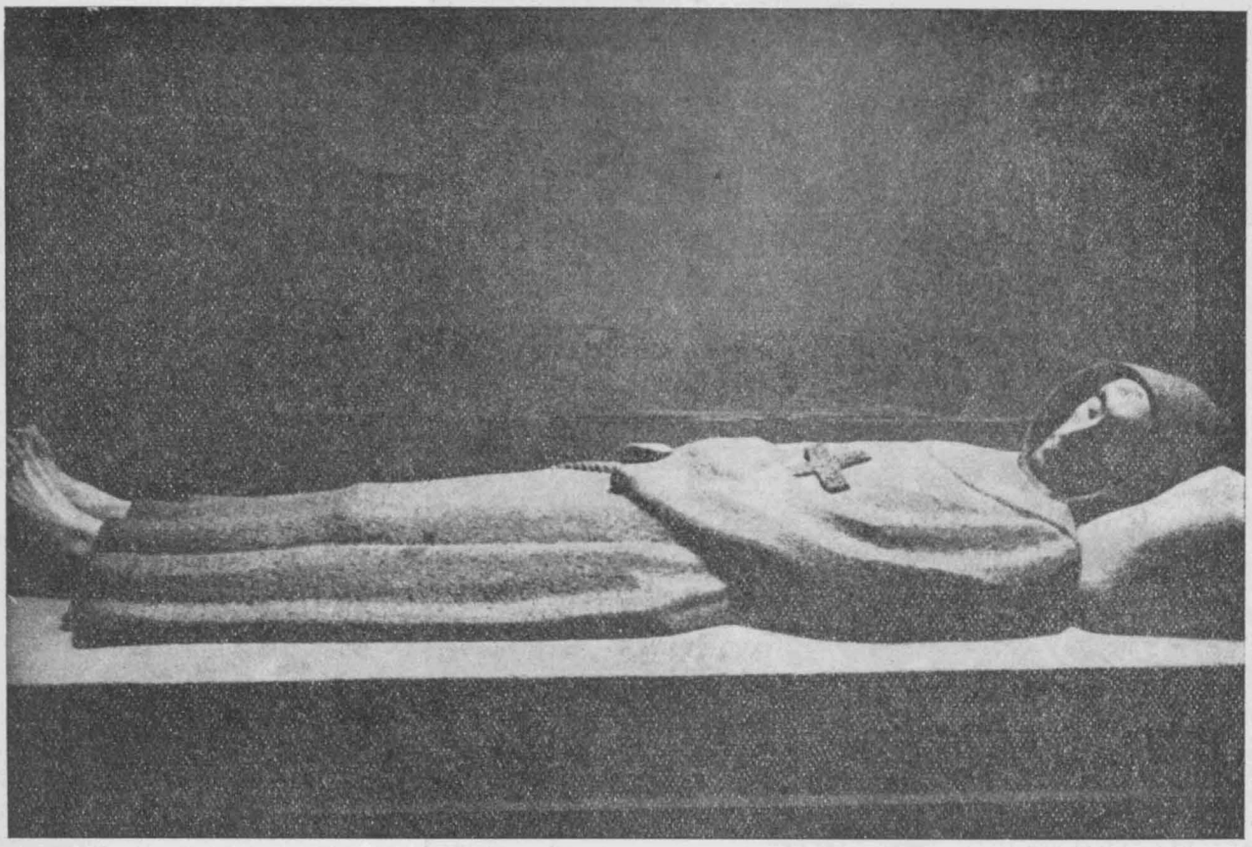
Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 11/1955.

AYER Y HOY

REVISTA ARTÍSTICO-LITERARIA EDITADA POR LA ASOCIACIÓN DE ARTISTAS TOLEDANOS

Año VIII • Redacción: Alfonso XII, 9 • Toledo, Novbre.-Dicbre. 1955 • Núm. 50

DIRECTOR: CLEMENTE PALENCIA



Ofrecemos al lector la impresionante figura yacente con que Victorio Macho dejó inmortalizado el gesto sublime de la muerte de los santos. Obra cumbre de un arte sereno que convirtió la piedra en un expresivo gesto de dolor resignado.

Sencillez en los paños, fuerza patética y conmovida en el rostro, insuperable interpretación de unos pies descalzos. La gravedad de esta cabeza doblada por la muerte no quedó enmarcada como la del Conde de Orgaz, entre la opulenta capa pluvial de San Agustín ni la roja dalmática de San Esteban; quedó acariciada por la soledad austera de una celda; bajo la luz tamizada que desciende desde la altura, envolviendo en santidad franciscana los rasgos de aquel maravilloso ser.

En una sala especial de la «Roca Tarpeya» de Toledo, residencia museo del genial escultor, se encuentra la magnífica escultura. Al salir nos rodean las abejas; el olor de las violetas; los rosales en flor; la canción eterna del Tajo; el paisaje sereno y único de los cigarrales; ¿qué otro lugar de la Tierra pudo elegir el artista para LA MADRE y para su HERMANO MARCELO?

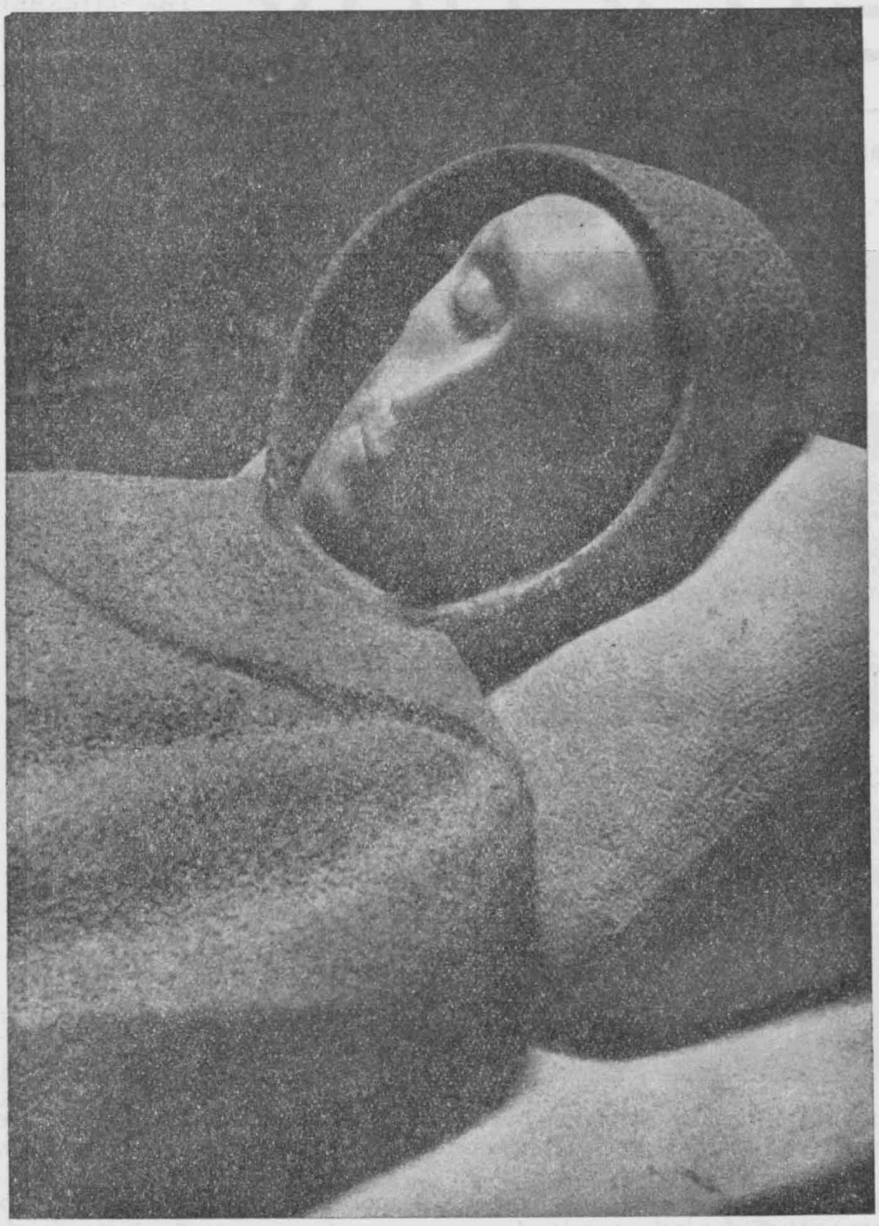
EL HERMANO MARCELO

Así quedó, de cuerpo y espíritu presente, callado y dulce como un humilde discípulo del Santo de Asís. Cayó desmayado y sin fuerza material sobre las almohadas de piedra blanca para convertirse en estatua yacente desde hace treinta y dos, trescientos o tres mil años —es lo mismo— porque él ya está sobre el tiempo.

Doncel de noble y esbelta figura marchitada por la larga y agónica fiebre que le fué consumiendo de tanto imaginar quimeras. Ahí está, ensimismado, envuelto en esa mortaja de hábito franciscano que hace pensar en la nada de la ceniza; con la pesada capucha de granito gris que le circunda y oprime el cráneo, abrazado a su cruz sobre el yerto pecho hundido y el corazón petrificado. Con las huesudas manos de largos dedos entrelazados, que alguien que le amaba ocultó piadosamente entre las anchas mangas del sudario para que no sintiera tanto el frío tan frío de la muerte. Con su rostro aguileño y macerado de asceta castellano y los ojos abismados en ese más allá al que al morir nacemos, y esos sus descarnados pies de mármol, que muchos besaron por parecerse a los de un Cristo crucificado, pies que dijérase, jamás se mancharon al caminar por la cruda realidad de este bajo mundo.

Ahí está ya, translúcido e incorrupto, sin nada en él en que se ceben los gusanos, como santificado e inmortalizado por el arte y el amor fraternos, con su tersa y pálida frente llena de sueños que le dan vida perdurable... Hace treinta y dos años que le ví así; él fué el primer familiar que me arrebató la muerte y ninguno de ellos me queda ya, que todos le siguieron como sombras a través del misterioso umbral de ese

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 11/1955.



la inenarrable escena de encontrarse la madre frente al hijo yacente, caer arrodillado el padre y quedarse suspensos cuantos contemplaban aquella escultura modelada en tierra que por ser tierra tan tierra de Castilla se había espiritualizado...

Después, cuando la terminé en la piedra y en el mármol, en que la reproduje definitivamente para darla más perdurabilidad, sentí un descanso bienhechor en mi alma y en mis nervios y hasta la extraña alegría de haber osado enfrentarme con la Parca en un tremendo reto que solo al arte le es posible cuando al artista le impulsa una profunda emoción que logra expresarla de tal modo que a todos llegue.

Y si entonces me enorgulleció el haber vencido a la que al fin es invencible, ahora en cambio, espero humildemente y con la mayor serenidad el desquite de su guadaña, porque soy castellano y desde mozo dí en meditar sobre la inmortal elegía de Jorge Manrique:

No se os haga tan amarga
La batalla temerosa
Que esperáis,
Pues otra vida más larga
De fama tan gloriosa
Acá dexáis:

Aunque esta vida de honor
Tampoco no es eternal
Ni verdadera,
Más con todo es muy mejor
Que la otra temporal
Perecedera».

VICTORIO MACHO

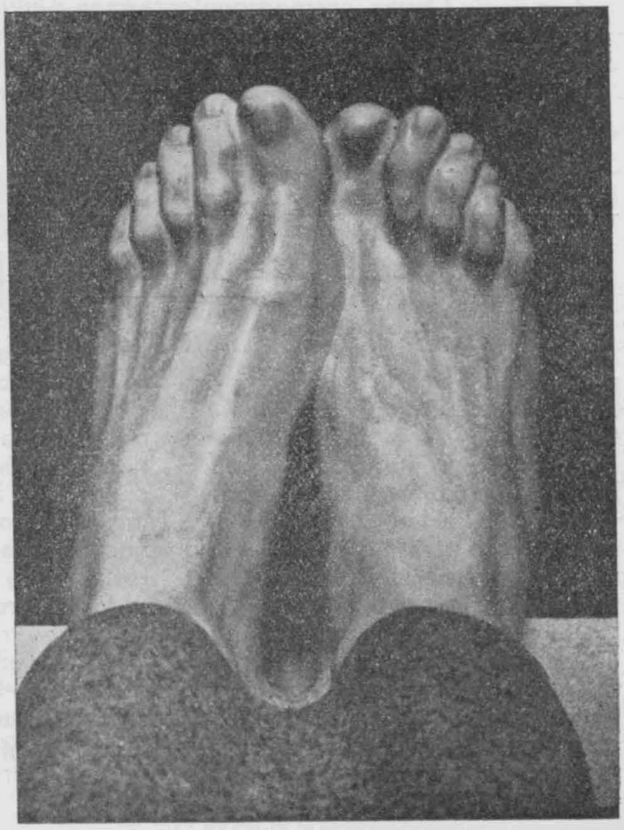
Lima, Agosto 1951

arcano indescifrable para los humanos; era el más joven y acaso el más inocente y puro, tan puro que solo vivió de sueños y en un sueño postrero quedó así para siempre. ¡Dichoso y bienaventurado él que de tanto soñar se le fué la vida... Y... la vida es sueño!

Reyes y príncipes, prelados y presidentes, ancianas madres y bellas doncellas, artistas, intelectuales y sencillas gentes del pueblo, allá en España, en Italia y Francia y aquí en Sud América, en medio de un silencio sobrecogedor que a todos les dominaba, posaron conmovidos su mirada sobre él sin lograr distraerle del ensueño profundo y eternal que acariciaba su bella frente de poeta.

Treinta y dos años han pasado desde que hice esa estatua de mi hermano Marcelo, a quien la fantasía popular ha dado en llamar «El Hermano Marcelo» por creerle monje, quizá adivinación de lo que hubiera sido y quién sabe si santo, porque de santo es la expresión de su sonrisa y el éxtasis de que goza.

Ha transcurrido el tiempo, otras obras exaltaron mi imaginación y nuevos dolores vinieron a anidar en mi alma, quizá para más humanizarla y enriquecerla de ternura... y si fuí olvidándome de aquel proceso de febril angustia que padecí —sin duda—inspirado por una fuerza que me daba aliento y valor para plasmar la figura y los rasgos del hermano muerto y sepulto desde hacía un año, y al que sin embargo creía ver y sentir a mi lado como una lívida aparición alucinante. Si también quedó lejano ya el recuerdo de su ejecución para la que me oculté en un taller donde no entraron familiares ni discípulos hasta que abrí las puertas y se produjo



Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 11/1955.

Fernando Allué sobre Toledo y en el Moguer de Juan Ramón Jiménez

Querido Clemente Palencia:

Tengo mucho gusto en contestar a su requerimiento, y aquí le va la carta de un amigo ausente de Toledo. ¿Ausente? Yo no estoy muy seguro de ello, yo no estoy muy seguro de estarlo. A veces Toledo me sorprende en formas imprevistas. El otro día, sin esperarlo, me encontré contemplando la ciudad desde un lugar impresionante: desde arriba. Ya sabe usted que los aparatos de la Iberia pasan a diario sobre la Vega Baja atravesándola en forma diagonal. ¡Y cuántas veces los he mirado yo desde abajo con envidia, al verlos cruzar bañados de luz, inmersos en sol! Pero he aquí que esta forma de felicidad —casi soñada— se me ha dado de verdad a mí, recientísimamente, al tener que emprender un viaje urgente al sur de España. ¡Qué emoción la vista del río, serpenteado sobre la llanura! Y, después, el minucioso punteo de las tierras que son los olivos, tan simétricos, tan exactos; el amplio plano de la Academia Militar, la piña apretadísima de la ciudad vieja, las aceñas rotas o casi rotas de la Incurnia y de la Cabeza, las colinas de los cigarrales y, sobre todo, mis jardines, mis bloques junto a Bisagra... Todo desfilando muy rápido, instantáneo, dejándome en la boca, en los ojos, esa feliz insatisfacción de lo perdurable, de lo celeste: el cielo estaba abajo, y el sol todavía más arriba, por encima de mí; inalcanzables las dos cosas, paraísos perdidos.

Mas este pequeño viaje —ya en tierra— ha tenido otro instante estupendo e imprevisto también. El de conocer una geografía poética con la que todos hemos soñado: Moguer, el pueblo de Juan Ramón Jiménez. Pero la perfección de la cosa ha estribado en contemplar este lugar inmortal precisamente con lluvia y en Noviembre...

Llueve sobre el campo verde.
¡Qué paz! El agua se abre,
y la hierba de noviembre
es de pálidos diamantes...

Así estaba Moguer: verde, con lluvia, con hierba y diamantes, en una maravillosa primavera de otoño, como lo vió Juan Ramón en las «Pastorales», el 1905, hace cincuenta años, y como lo he visto yo ahora, eternamente permanente y bello. Y luego, además, ¡qué pueblo tan interesante, tan hermoso! Me refiero exclusivamente al aspecto urbano, fuera ya de la belleza campesina y externa: qué calles tan nítidas, tan claras, con rejas admirablemente unánimes a lo largo de todos los huecos de los muros; y qué Plaza Mayor tan florida, con el enrejado —¡vaya, estupendos, trabajados hierros!— del Ayuntamiento, suntuosamente bello, señorialmente digno. Porque eso es, en definitiva, Andalucía; nitidez, claridad, transparencia de línea y de sentido, es decir: elegancia. Mi visión ha sido también instantánea, fugaz: el paso del coche por la carretera, y un moroso deslizamiento sin descenso por las vías casi azules de tanto blancor, de tanta primavera sin arcano. Y ello, no lo olvidemos, con lluvia que esmerilaba los cristales y rompía las lanzas tímidas del sol por entre nubes. Después, anochecía o nos pareció que anochecía; juego de cielo y nubes, comercio de agua y árboles, interferencia maravillosa de emociones y luces...

Llueve. Los álamos blancos
se ennegrecen. Los pinares
se alejan. Todo está gris,
melancólico y fragante...

FERNANDO ALLUÉ Y MORER

Madrid, 1955

Homenaje de los poetas de "ESTILO" a San Juan de la Cruz

El día 11 de Diciembre se celebró en el Salón de Mesa, domicilio social de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, un recital poético dedicado al excelso patrono de la Poesía, San Juan de la Cruz.

Intervinieron: Padre Juan Alberto de los Cármenes, C D., Eduarda Moro, Gonzalo Payo, Luis Serrano Vivar, Luis Cornide, Julián Lanchas, Juan Antonio Villacañas, Clemente Palencia y Padre Serapio de Santa Teresita del Niño Jesús.

Asistió una numerosa y selecta concurrencia que aplaudió la intervención de cada uno de los poetas. La Asociación hace constar en estas páginas nuestro más vivo agradecimiento al Ilmo. Sr. Presidente de la Real Academia D. Julio Pascual, por la cesión del magnífico local en que se desarrolló el acto. También es de agradecer el entusiasmo y valiosa colaboración del Padre Juan Alberto de los Cármenes, tan reiteradamente aplaudido por los asistentes, así como el panegírico que en la Misa dedicada por los poetas a San Juan de la Cruz, predicó el Rvdo. Padre Superior de Carmelitas Descalzos, de Toledo.

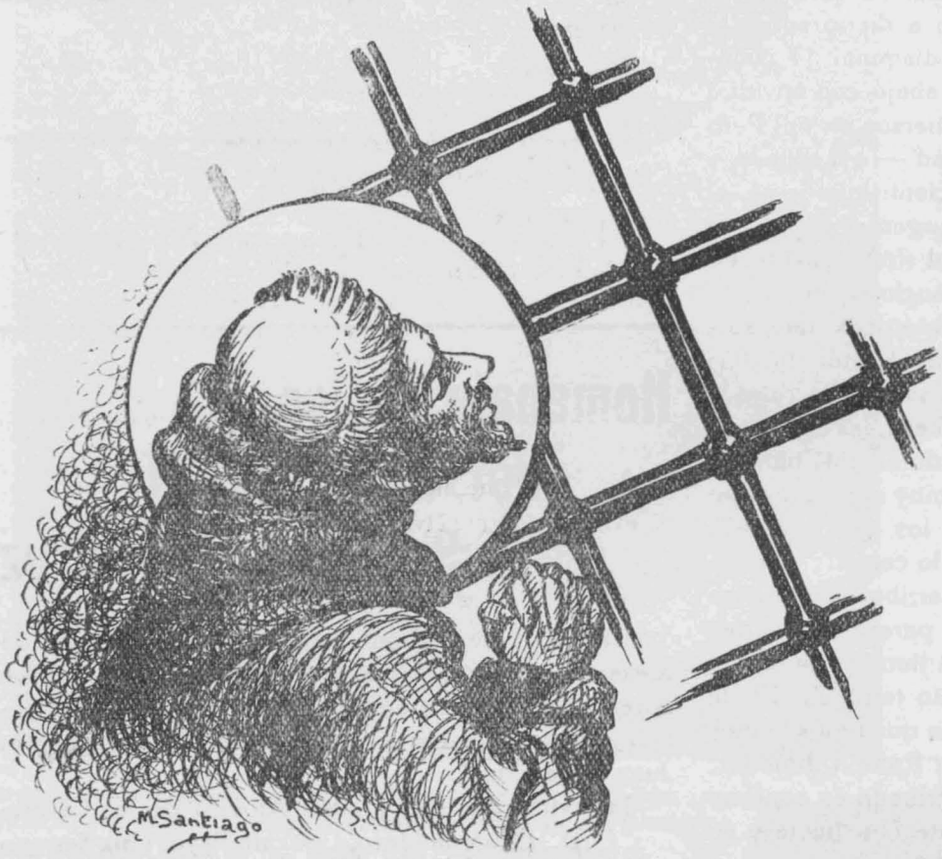
Insertamos en páginas siguientes el interesante trabajo que nos envió nuestro asociado Adoración Gómez Camarero, y el que leyó como clausura de la Sesión el Rvdo. Padre Serapio de Santa Teresita, que tanto contribuyó al feliz éxito de este homenaje a nuestro santo Patrono.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 11/1955.

TOLEDO Y SAN JUAN DE LA CRUZ

Al enterarse la madre Teresa en Avila de que Fernando Maldonado, prior de los carmelitas calzados de Toledo, había sido nombrado vicario provincial de la Orden, formuló este severo juicio en carta a Felipe II: «Debe ser porque él tiene más partes que otros para hacer mártires».

Motivos tenía, sin duda, Santa Teresa para expresarse así; acaso motivos de experiencia personal. Desde luego, sabía que en el verano de aquel año —1577—, el padre Maldonado había tenido preso en Toledo a fray Antonio de Jesús; «un bendito viejo», según decía la Santa en dicha carta.



Fray Fernando era apasionado adversario de la reformación de Santa Teresa; adversario temible por su audacia y su dinamismo. En la primavera había permanecido varios días en Toledo, de paso para Madrid, el carmelita portugués fray Jerónimo Tostado, que traía poderes del padre general para tomar medidas equivalentes a la destrucción de la reforma carmelitana. También este religioso era intrépido y tenaz. Entrambos cambiaron impresiones, de las cuales habían de deducirse duras consecuencias para los reformadores. Contaban con el apoyo del nuevo nuncio, monseñor Sega, mal predispuesto contra Santa Teresa y su obra.

Y el 3 de Diciembre, el padre Maldonado hizo prender en Avila a fray Juan de la Cruz. Se había desatado ya la persecución contra los principales descalzos, y fray Juan era el más preferido en la hostilidad. Dió orden el padre Maldonado de que fuese trasladado a Toledo con buen recaudo. Y para Toledo salió en pesado y renqueante carromato. Un penoso camino de más de veinte leguas, blanquecino de escarcha y nieve. Lentas horas monótonas por la paramera de Avila, por las cañadas que estriban el Guadarrama y Gredos, por el valle del Alberche y los campos toledanos de Torre de Esteban Hambrán, Santa Cruz del Retamar, Portillo, Fuensalida, Huecas y Villamiel. Duras etapas en Diciembre estas que suponen tales recorridos. Frío en el cuerpo mínimo y macerado de penitencias, y frío en el alma atormentada por la injusticia.

Esperábale a fray Juan en el convento del Carmen calzado de Toledo, para confortarle de las fatigas del viaje, una celda estrecha, lóbrega y helada; tan estrecha aquella «carcelilla», que, «con cuan chico era» el gran escritor místico, apenas cabía en ella, al decir de Santa Teresa en su carta de Agosto de 1578.

Era su carcelero fray Juan de Santa María, que le entraba la escudilla con misérrimo bocado y vigilaba sus movimientos, reducidos a orar y escribir. El prior, implacable, no le ahorraba ningún tormento. San Juan de la Cruz sobrellevaba su prisión y sus torturas resignadamente. La celda daba al Tajo, y el rumor del río subía, compasivo, a hacerle compañía. Por la ventana entraba también la niebla a visitarle. Algún gorrión, de vez en vez, llegaba hasta el alféizar para picotear las miguillas que el fraile cautivo les reservaba de su parva ración. Tales eran, fuera de sus místicos coloquios con el Señor, sus únicas consolaciones.

Así nueve meses inacabables de vejaciones y sufrimientos físicos. ¿Por qué? Sólo por su desvío de la regla mitigada y su adhesión a la nueva observancia. Quería, como Santa Teresa, que los monasterios carmelitanos careciesen de ventas y viviesen en la pobreza más absoluta. Este afán de acendrada virtud habíale valido groseras calumnias, pariguales a las que se ensañaron con la madre Teresa. Pensaba, sin embargo, que «aunque las calumnias pasasen sobre su cabeza, no manchasen su frente». Santa Teresa había escrito, a su vez, durante sus catorce meses de obligado retiro, de cautiverio también, en su quinta fundación toledana, la del Torno de las Carretas: «Ya que han de mentir, más vale que mientan de manera que nadie lo

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 11/1955.

crea, y reirse». San Juan de la Cruz decidió poner término a aquella prisión que el padre Maldonado prolongaba cruelmente. Y una noche, con resolución y valentía, hizo realidad el plan que en largas horas de angustia había concebido. Fray Juan de Santa María, su carcelero, dormía confiado a la puerta de la celda. Hizo una cuerda con tiras de dos miserables mantas, y logró descolgarse por la ventana. Llevaba consigo un cuaderno en que había escrito, para recreo de su espíritu, las sublimes estrofas de su «Cántico Espiritual», obra maestra de nuestra literatura poética.

En la alta noche, dando rodeos desde el Carmen para esquivar las rondas de corchetes y de pan y huevo, llegó, escuálido y harapiento, al convento de las Carmelitas, el del Torno de las Carretas, junto a la capilla de San José. Y al día siguiente, las madres le pusieron en contacto con el canónigo don Pedro González de Mendoza, que ocultó en su casa y logró poner a salvo a fray Juan de las iras del prior del Carmen calzado, «el terriblemente célebre fray Fernando Maldonado», como le llamaba el historiador La Fuente.

Con este doloroso suceso de su vida, recordemos a San Juan de la Cruz con ocasión de la Fiesta toledana de la Poesía. Le recuerdan perennemente, allá en el paseo del Carmen, sobre Alcántara, los cimientos del convento de carmelitas calzados, que incendiaron en el pasado siglo los franceses. El rumor del río que llega hasta esa explanada de Toledo es el mismo que oyó durante largos meses de cruel cautiverio el gran místico carmelita, gloria de la Iglesia y de las Letras españolas.

A. Gómez Camarero

A San Juan de la Cruz en su humilde soledad

Dedicado a la Excma. Sra. Condesa de Espoz y Mina.

¡Oh dulce estremecimiento!
Todo en silencio se queda...;
prendió la llama de amor
que con el alma se enhebra.
Es llama de amor tan viva
que nace de tus adentros;
es ilusión presentida,
es tristeza... ¡y es contento!
Teresa y tú, sostenidos
por un afán de ternura;
vuestra oración: son latidos,
vuestra fuerza: la dulzura.
¡Qué coloquios con el alma!
¡Qué perfumes de poesía!
¿Qué dulce afán el que os guía,
qué fuego es el que os tortura?
El camino del Carmelo,
es un camino de amor.
¿Y qué es amor sin dolor,
y qué es dolor sin anhelos?
Por el Amado el silencio
de tanto como se hablara;
que hay palabras sin sonidos
vivas, calientes de lágrimas.
Para el amor no hay torturas,
no hay penas ni calabozos,
porque la misma amargura
se hace Luz para los ojos.
Como un rayo de luz se va tejiendo
en el rincón de un dulce pensamiento,
y hay flores y gorjeos que pululan
en el anhelo gris sin firmamento.
¡Qué cárcel de hermosura!
Todo lleva un puro sentimiento...,
una pasión se anuda
¡y hay gérmenes de sueños en el viento!

Eduarda Moro Linares

Noviembre de 1955.

Juan de la Cruz

Al más alto huésped de la Luz.

¡Cruz, Cruz...! ¿Y no fué Cruz también tu enorme poesía?
¡Cruz del poeta, imponderable Cruz de la Maravilla!
¡Cruz solitaria de incomprensión! ¡Tensión de vuelo
con los pies en el polvo todavía!

¡Cruz que se sufre en sangre y en éxtasis! ¡Herida
donde fluye el relámpago! ¿Las alas doloridas
de infinito, de espacio eterno, prietas en la curva sumisa
de las espaldas, no fueron también la Cruz? ¡Rendía
tu paso, en vivo peso, tanta pluma divina!

¡Pero, Padre, tuviste la huída
de la Llama! ¡Oh libertad de amor! ¡Por ella, la Hermosura
tú la supiste viva!
¡Se le entregó a tu canto la Plenitud Magnífica!
Mas, ¡oh Cruz, Cruz del alma
arcangélicamente templada y exquisita
para el Prodigio!

¡Y no cabía
la tierna Eternidad en la lengua finísima...!
¡Y se quebraba el verso en la Sombra divina...!
¡Y maceraste al mundo!
¡Y era su voz ambigua!
¡Y nada te decía!

¡Tú nos dejaste estelas de vuelos imposibles...,
constelaciones rotas como huellas sumisas...
y te fuiste temblando con la Cruz en el alma
donde el silencio es Canto
de tu Cruz redimida!

P. Juan Alberto de los Cármenes

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 11/1955.

Desde su ladera...

(LO QUE DA LA MÍSTICA AL POETA)

Por Francisco S. Hierro

La filiación afectiva y la admiración estética, me han colocado ante San Juan de la Cruz. Ambos, admiración y afecto, me han obligado a seguirle paso a paso y me han regalado con muchas sorpresas. Le he sorprendido muchas veces estático. Una en Segovia. El marco ascético de una ventana conventual recorta el busto de Fr. Juan. Está de pies en la placidez de una noche de Agosto. Sus ojos, perdidos en la profunda lejanía de la noche. Al frente, el sueño de hadas del Alcázar flotando en el vapor de plata de la luna. «Su alma concibe en sí algo de la belleza del Amado». Son flechas de belleza con estela de amor, que se clavan, vibrando, en el corazón de Fr. Juan, que suspira:

Mas como perseveras
¡oh vida! no viviendo donde vives,
y haciendo porque mueras
las flechas que recibes
de lo que del Amado en ti concibes.

La estrofa es una pintura en relieve. Pintura escultural del XVI, en que las figuras salen del cuadro y nos llegan a los ojos con una mórbida sensación de tacto.

Dámaso Alonso ha estudiado la poesía da San Juan de la Cruz desde nuestra ladera, desde su dimensión humana, y ha visto una criatura idiomática, bellísima, única. Ha visto mucho, pero no lo bastante. Su puesto de observación estaba demasiado alejado. En veces sucesivas se acercó más y vió más cerca la llaga de la luz de su alma. El aire se clarificó, y a través, alargando sus manos en la oscuridad, tuvo contacto con el milagro, percibió el prodigio.

Nosotros seremos más audaces. No nos contentaremos con el estupor del prodigio. No nos sentaremos para la delectación, para el tranquilo reposo en nuestra ladera. Vadearemos el torrente que nos separa y experimentaremos la sorpresa de un mundo nuevo. Los rayos de su luz se quebrarán contra nosotros y nos iluminarán; tal vez nos deslumbren. Estamos en su ladera. En la región fronteriza entre Dios y las cosas. San Juan de la Cruz es el Príncipe de esta región. Está recibiendo luz de Dios para entregarnos después su mensaje, modelado en estrofas de prodigio.

Ha terminado la noche, que ha sido fatigosa huída de sí mismo. Ahora en la estrofa el reposo, el regusto remansado en perfume de «música callada»:

...y todos mis sentidos suspendía.
Quedeme y olvideme
el rostro recliné sobre el Amado,
cesó todo y dejeme
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.

Es la estrofa de un alma enamorada, auténticamente enamorada, con el mejor Amor. Sus versos transfloran siempre la intensidad, la tensión de su alm3.

Es de la herida de su alma de donde nos llega lo mejor de su poesía. El sólo intenta la comunicación de su mundo interior. Y ese mundo nos da la maravilla. Esa brisa, que nos viene desde su poesía y nos purifica el alma, no pertenece a la técnica ni al arte, pertenece a la autenticidad de su profunda afectividad.

El arte y la técnica son nada para él. No las desconoce. Las estudió en Medina, en el Colegio de los Padres Jesuítas, y, en Salamanca, tuvo de profesor al mejor lírico español, si él no le hubiera superado. Fr. Luis, fué maestro de Fr. Juan en Salamanca. Pero, aunque no las ignore, ¡qué lejos está él de esas pequeñas preocupaciones del artífice del cincelador de estrofas! Su mensaje es nuevo, inédito, de una vitalidad desconocida, que se transfunde a la estrofa, que a veces no puede contenerla y pierde la regularidad del modelo.

En la «Llama» ha querido imitar una estrofa de Garcilaso. Nos lo dice él mismo: «La compostura de estas liras (las de la «Llama»), es como aquellas que en Boscán están vueltas a lo divino», que dicen:

La soledad siguiendo,
llorando mi fortuna...
me voy por los caminos que se ofrecen, etc.

Sin embargo, ¡qué diferencia entre ambas! La estrofa de Garcilaso, aunque el Santo diga Boscán, es sabido que, popular y comercialmente, se solían nombrar con el nombre de Boscán las Obras de Boscán y Garcilaso; la estrofa de Garcilaso es una estrofa de canción compleja y larga; estrofa de nada menos que de 13 versos. Fr. Juan se puso a imitarla. Llegó a la mitad. Tenía ya la maravilla de seis versos, en lo que estaba encerrado todo el primer ímpetu del sentimiento intenso y concentrado de su alma. Se detuvo un momento indeciso. Aquella estrofa larga, compleja, difusa, no valía para su mundo. ¿Qué hacer? Fr. Juan, con una despreocupación y serenidad turbadoras, «corta la sirma de la estrofa y se queda con la «fronte» en la mano» y nos dona una estrofa única.

El «Pastorcico» y «Aunque es de noche», son otros dos magníficos ejemplos extrañamente inquietantes.

Otra nueva sorpresa. San Juan de la Cruz no acentúa casi nunca, mejor nunca, porque solo lo hace una o dos veces; no acentúa, como la poesía culta de su tiempo, en cuarta y octava. En sus versos siempre estará el acento en sexta sílaba. ¡Otra vez el predominio de lo interno, de su afectividad! «La única acentuación en sexta le da mayor rapidez, porque la rítmica imaginativa no necesita transponer más que una cumbre..., y precipita el cuasiemistiquio inicial, largo, ansioso de llegar a la cumbre de su ritmo, y comunica su velocidad a toda su musical sistema» (Dámaso Alonso. Poesía Española). Es la velocidad del ansia plasmada en su verso.

En su lenguaje predomina el símbolo. El significado siempre transciende la expresión. El símbolo, que marca toda su obra, es el amor humano. Los amores humanos son el símbolo, nada más que el símbolo, del mensaje de San Juan de la Cruz. San Juan de la Cruz no nos puede decir su mundo, si no es a través del símbolo, porque el lenguaje, su instrumento, ha sido hecho para comunicar las cosas vulgares, pues lo vulgar llega hasta donde puede llegar nuestra razón. Para la filosofía ha pasado lo mismo, se han buscado términos precisos, pero oscuros, al no iniciado y a veces bárbaros; pero aquí se nos da la exactitud, no en la palabra, que es pobre y no puede contener tanta concentración, sino en el sentimiento que queda vibrando, revoloteando, sin encontrar reposo alrededor de la palabra. La imprecisión de un sentimiento, que tiene sus contornos difuminados en la emoción, nos da toda la exacta imprecisión de un estado de alma. Porque nos hace sentir.

Mundo ascético de San Juan de la Cruz

Fr. Juan pasea bajo las arcadas plateresca de la Universidad de Salamanca. Tiene 22 años reconcentrados y ascéticos, con la vaga melancolía de un sueño lírico en los ojos. Las imágenes se pliegan a su alma y la agitan con la voluptuosa delectación de bellezas, que se le presentan en formas concretas. El huye por medio de la teología, pero le sale al encuentro la maravilla del prodigio teológico, que le fascinaba.

«Librarse de su propia pasión y de su propia imaginación, era su problema y, hasta cierto punto, lo podía lograr por la teología. Pero al reflexionar profundamente, un parecido problema se producía: su intensa energía se veía absorbida por el trabajo de la mente. La suya era

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 11/1955.

una naturaleza fenomenalmente intensa; pensamiento e imaginación le fascinaban por turno, cada uno excluyendo al otro. A veces se sentía todo pensamiento; otros, todo corazón; («Llama», can. III, v. 3); tenía, por lo tanto, la ardua tarea de transcender a ambos». (Robert Sencourt, San Juan de la Cruz, carmelita y poeta. Buenos Aires, 1947, cap. XXI).

Huye de simismo, de las alegrías de los sentidos, de la morosa delectación de la belleza sensible. El ¡nos describe su huída de las cosas. Es la descripción de su huída de la cárcel de Toledo! En el conticinio «salí sin ser notado»:

estando ya mi casa sosegada.

Después la rememoración de un regusto melancólico de aquella noche, que le hace sentir el miedo de ser sorprendido:

En la noche dichosa
en secreto, que nadie me veía,
ni yo miraba cosa,
sin otra luz ni guía,
sino la que en el corazón ardía.

Para aquel frailecico, hay un encanto poético en la idea de oscuridad. En su interior, se repite con reiterada morosidad, con amorosidad; oscuridad, desnudez, nada, y se le vierte dentro, muy dentro del alma, un gozo sigiloso, inadvertido, que unge sus miembros para el vuelo veloz del ansia. Desde el principio, el camino de Fr. Juan es obsesión guiada por el ansia.

Mundo místico de San Juan de la Cruz

Se despoja de las sensaciones de los sentidos, los macera, huye de ellos para encontrar al Amado. Y antes de terminar la noche, la primera sensación desnuda. No ha posado en el sentido. Su alma ha sido herida. La primera sensación mística. El primer toque de la mano del Amado. La primera sensación, un dolor lancinante y, su primer efecto, un ¡ay! prolongado que rasga el negro silencio de la noche. Pero no se detiene. Sofoca su gemido. Sigue veloz con la angustia del ansia en su rostro y por fin:

...en par de los levantes de la aurora,
la música callada,
la soledad sonora. .

Y el alma queda en mística internidad. En amorosa efusión mística. Se ha encontrado al encontrar a Dios. Y se ha hallado en plenitud de pureza, en plenitud de belleza, en plenitud de gozo. No llega ya la belleza en formas sensuales, turbadoras. Ya no se ciñe al alma en espiral su halago. El alma está pura. Es la realidad del Castillo interior de Santa Teresa, todo de un diamante o muy claro cristal. Dios está en el «más profundo centro del alma y la ilumina, y el alma está resplandeciente en la alegría de la luz».

En este estado no precisa el sentido; el conocimiento no se hace, como en nosotros, pobres peregrinos de la belleza, que vamos mendigando a las cosas un reflejo de la luz sustantiva. Fr. Juan ha subido tan alto, tan alto, que ve la belleza, no su reflejo. Conoce a Dios y en Dios todas las cosas:

«Conoce, dice el Santo, ser Dios con infinita eminencia todas las cosas y se las conoce mejor en El que en ellas mismas...

...para esta vista del alma quítale Dios de delante algunos de los muchos velos y cortinas que ella tiene antepuestos para poderle ver como El es, y entonces translúcese y vese así algo entre oscuramente (porque no se quitan todos los velos) aquel rostro suyo lleno de gracias...». («Llama», can. IV, v. 2).

El alma está exultente de gloria. Siente una herida de amor suave y gozoso.

«El Verbo penetra sutilmente en la sustancia del alma, y toda, delicadamente, la absorbe, toda, en divinos modos de deleites y suavidades nunca oídos». («Llama», can. II, versículo 3).

Este contacto directo y sustantivo de Dios y el alma, la hace estremecerse de divino placer y brolla placer, que derrama en el cuerpo y penetra hasta las mismas médulas. La causa de este placer que ha surgido, también nos la apunta el Santo, es un bálsamo, un óleo que brota del cuerpo y le unge dándole el gozo de todos los placeres juntos.

San Juan de la Cruz como vemos, justo y libo, lo mejor de su poesía, y en una plenitud embriagadora todos los deleites de una vida en Dios. Para llegar a ellos, padeció en su carne macerada y en espíritu en tinieblas. Lo consiguió todo por dejarlo todo. Ofrendó la delectación de la poesía por seguir más veloz tras el Amado. Después le tornan su poesía iridiscente de divinidad.

He aquí un poeta que nos da el alma de la poesía y la poesía del alma por ser místico.

Ahora, nos explicamos algo, muy poco, con mucha vaguedad, la razón de la poesía de San Juan de la Cruz; vemos que no es la técnica ni el arte lo primero. No tenemos que quedarnos perplejos ante la maravilla de la obra; es la causa de la obra lo maravilloso. La causa de la excelencia de su poesía ha sido una supersensibilidad estructurada por la mística.

Ultimo prodigio

Todos los genios lo son por la intuición. Siempre comienzan a caminar en la oscuridad. No ven nada o solo muy poco, con mucha vaguedad, pero perciben lejano, muy lejano, el latido de la cosa que esperan, que desean. La intuyen. Por eso caminan tras ella. En el genio de la Santidad esto se halla exacervado. Toda su luz, que es la luz de la fe, es oscura. No ven nada con claridad, pero sienten la claridad más allá de las tinieblas.

San Juan de la Cruz ha intuído en la oscuridad de la noche la belleza virginal de la aurora. Por eso se ha puesto a caminar para lograrla. Durante la noche ha sufrido mucho, ha adquirido muchas sensaciones, muchas ideas que se han ido sedimentando en el reposo concentrado de la contemplación. Y al llegar al albor de la mañana, tuvo sensación de alas abiertas y «surgió en él un poema y se lanzó de golpe como el surtidor de una fuente». Un poema virginal, intacto. Poesía pura, pero a la vez es la clave lírica de los grandes tratados doctrinales.

¡Qué poeta más extrañamente turbador! Se complaza jugando con nuestros asombros, con nuestras perplejidades durante nuestro análisis.

He aquí un hecho contradictorio; poemas de pura efusión lírica y a la vez complicado y complejo, producto especulativo, en que cada estrofa, cada verso, cada palabra, tiene su correspondiente en un sistema doctrinal de estructuración perfecta.

¿Cómo podemos explicarnos esto?

Ante todo hay que advertir que es un caso único en la lírica, ya sea anterior la poesía a la estructuración ideológica, ya sea anterior la estructuración ideológica a la poesía.

Tenemos casos típicos en la historia de la literatura; Boileaux y que no nos dan en sus tratados en poesía más que tecnicismo. El mismo Horacio en su «Art Poetica» está muy por debajo de sí mismo. Sólo San Juan de la Cruz, en la historia de la literatura española y universal, tiene un prodigio lírico encerrando en sí un sistema orgánico y complejo.

Dos explicaciones hay para explicarlo. Hay quienes lo explican como la obsesión de una idea perfectamente estructurada, que excita el sentimiento y nos da una poesía sin mengua de su lógica. Es una explicación excesivamente vaga y confusa. Otros quieren explicarlo pero no nos dicen tampoco nada. Para ellos es milagro, un milagro poético.

Este es el caso. Es un misterio literario. Nadie lo ha resuelto. No intento resolverlo. Termino con la frase de Dámaso Alonso: «Por San Juan de la Cruz creo, creo en el prodigio».

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 11/1955.

Mario Angel Marrodán

Poesía Femenina

JUANA GARCÍA NOREÑA

Seudónimo poético de Angeles Borbolla, premio «Adonais» 1950, con su gran primer y hasta hoy único libro «Dama de Soledad». Nació en Posada de Llanes, Asturias, en 1926. Su asomo no puede ser más revelador y providencial, en contra de quien oscurece la maternidad de sus versos. Nos brinda una poesía auténtica, magníficamente cordial, de emoción machadiana, conseguida de sutiles acentos propios. Sus inquietudes abarcan un cúmulo confidente de exquisitez y tristeza, un mundo de sensaciones tocadas de sorprendida pureza.

Todo ha aparecido sinceramente claro en los labios de esta dama de soledad, y nos entrega su mensaje vivo de finura y delicadeza, palpitante de atracción sentimental y joven espiritualización melancólica de gentil criatura.

LA CIEGA

(Con algo de «El Cantar de los Cantares»).

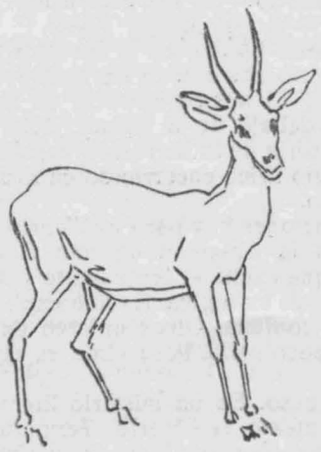
Me dió tan de repente el Sol, que tuve
que dejar de mirarlo, pero dentro
del pecho todo el oro del encuentro
subía a mi garganta, como sube

el sol —el otro sol— hasta la nube
y en ascuas la revela.
Si me adentro
hoy en mi soledad, no veo el centro
del corazón donde encendida estuve.

Porque tan de repente me llagaste
que fuí a buscar tu luz en lo más hondo
de mi alma tocada y sorprendida.

Y ahora tan en la sombra me dejaste,
que a ciegas me pregunto y me respondo:
aquí fué aquella luz; aquí, la herida.

JUANA GARCÍA NOREÑA



LA LLEGADA

Bandera de ala, sol de maravilla,
mi corazón grumete en arribada,
y un oleaje de sangre enamorada
naufragando limones por la orilla.

La angustia naufragada era amarilla.
Se pobló de aleluyas la ensenada,
y yo extendí mi piel a la otoñada
porque un viento rondaba mi semilla.

Hoy me navega Dios sobre la frente
y el alma es un paisaje de corderos
disparando balidos al poniente.

Los gritos de la sangre, qué certeros.
Qué pecera de amor, qué transparente
mi corazón, medida de luceros.

SERENIDAD

Me flota la esperanza y el recuerdo
—plumón de cisne en agua aprisionada—.
Limón de plomo mide la hondonada
de este lago de seda en que me pierdo.

Un pez rojo me busca —ágil y cuerdo—
esta gloria que llevo encaramada
bellamente, tranquila y asustada,
a distancia de labio, y no la muerdo.

Mañana daré el brinco decisivo
por esta vertical ya presentida
serenamente, dándome de lleno.

En pirueta de luz seré cautivo,
y dejaré sin lloro y despedida
mi carne amontonada junto al cieno.

JULIO ALFREDO EGEA

ESTAMPA

Nieva paz sobre la tierra.
Se acompañan las torres sus latidos
en la frigidez del aire.
Mientras, Dios,
está gozando en su sonrisa.
A fuerza de principios
se insensibiliza el hombre y
arroja de sí toda ternura,
y tiene que engañarse y decir:
Esto, es para Dios.
Está allí, pensando, y se pregunta:
¿Qué haces?
«Jugando, para entretenerme».
Es Navidad.
Hace música el pandero
y se desgarra la zambomba.
Nieva paz sobre la tierra
y en el hogar acercamiento.

MIGUEL CORTÉS

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 11/1955.

BELÉN

Parad aquí, que el agua es el camino.
Cada gota en la palma resucita
fuentes hondas y pálidas; y habita
al final de la lluvia el peregrino.

Con todo el corazón vuela un molino
por su harina de nieves infinitas.
Y allí toda la paz se deposita
ingenuamente pura, sobre el lino.

Se han callado los pájaros, y riega
el rocío en el alba de las flores
y se riza en el campo la neblina.

Un lívido suspiro nos entrega
la inefable verdad de sus amores,
lo demás en silencio se adivina.

Y está trazado el mínimo sendero
en la música extraña del balido.
¿No sentís el rumor? ¡Qué humilde ruido!
¡Cómo bala Belén como un cordero!

Vuelve a sonar el rígido pandero
a musgo musical, y su sonido
una nota en el alma ha detenido
para estar adorándola primero.

Porque late profunda la mañana
desde toda la noche, me pregunto
si es que tiene la aurora vida humana.

Y está inmensa Belén en la ventana
con un Niño en los brazos, y en su pecho
volándole infantil una campana.

JUAN ANTONIO VILLACAÑAS

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 11/1955.

JUVENTUD VIEJA

Yo soy el fuego rojo y ardiente,
ardo con llamas de libertad,
quema mi sangre con ansia viva
de ser más grande, de ir más allá.

Brotan las llamas sangrando ideas
buscando espacios para volar,
todo lo llenan, todo lo invaden
con asombrosa velocidad.

Quiero perderme siguiendo estelas
de esas ideas llenas de luz...
Pero en mi mente se han vuelto hielo:
Se ha suicidado mi juventud.

Soy como el angel, como aquel angel
que espada en mano Dios envió,
y en un instante libró a la Tierra
de la ponzoña que la invadió.

¡Soy como el angel que vuela inquieto
buscando en brotes flor de ilusión
sanas ideas, dulces delirios,
que al Hombre encumbre hasta su Dios.

Soy como el angel de las batallas.
Soy como el angel de un ideal...
¡Quiero ser angel!... Mas no soy nada,
mi ardiente espada se apagó ya.
Ya sólo aspiro como una planta
vivir del goce de dulce paz.

Algo quedaba que no has manchado
tú: contagiosa vulgaridad.
Un lugar santo que no has podido
con tu vileza desmenuzar:
era el fragante surgir inquieto
de mi sediento sublime amor
que me hace a veces sentirme inmenso
agigantando mi corazón.

Pero ¡ay! que has puesto porque no goce
de esta ferviente, limpia pasión,
negros instintos que me recuerdan
mi humana esencia, mi condición.

Todas mis ansias se arremolinan
hechas Quijotes de un ideal.
Quieren ser nuevas, cambiarlo todo
ser nueva savia, ser manantial...

Pero impotente veo angustiado
cómo la vida les niega luz...
Y en el regazo de la rutina,
diosa cobarde de la quietud,
se oye el disparo sumiso y triste:
¡Se ha suicidado mi juventud!

GONZALO PAYO

EL ARTE

Es ave, papel, piedra silenciosa...
Y no es la vida; es el genio que mueve
sus dedos melancólicos y leves
sobre el alma dormida de las cosas...

Y la lluvia, aguafuerte de la rosa,
le dió vida, muerte y relieve;
y el más bello sepulcro de nieve
el arte inventó para la hermosa.

Por las paredes de la carne viva,
la enredadera de la sangre sube
a morder la idea inquieta y cautiva
en la cárcel feliz de la memoria.
Se hizo el alma pincel sobre la nube;
y la nube imagen en la Historia.

JULIÁN LANCHAS JIMÉNEZ

Paisaje en la aldea

Todos tus altozanos son veletas
abatidas por aires contra el suelo;
blancura de rebaño son tus plazas
apacentadas bajo un sol de invierno.

Con parda geometría de ladrillos
y reseco color de cementerio
gimen los cuatro puntos cardinales
de la rosa apretada de tus vientos.

Una oliva, en la paz de la solana,
bebe tu claridad y tu silencio,
y repica gozoso el campanario
un «Angelus» de paz desde su templo.

La semilla cansada se levanta
con áspero dolor sobre el barbecho.
Gira tu corazón, hecho paisaje,
con dibujos de acacias y romeros.

CLEMENTE PALENCIA

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 11/1955.

LA NAVIDAD EN EL ARTE

POR GUILLERMO TÉLLEZ

De la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo.

Este encantador tema de la Navidad es uno de los más variados y ricos en el arte cristiano, pues es motivo que no ha seguido los azares de una época o de un culto que ha pasado a segundo plano, sino que por su importancia intrínseca y por la pluralidad de soluciones y de escenas que sugiere, ha sido siempre muy cultivado.

En cambio, la vida de los santos que ha dado ocasión a serie de cuadros como la que inicia Giotto con la de San Francisco, y que produjo la decoración de claustros completos. Como las vidas de los Santos de la Orden en la Cartuja de Granada hecha por el toledano Juan Sánchez Cotán, o la historia de Santa Clara, por Juan de Valdés Leal, en las Clarisas de Carmona, se han limitado bastante, pues una vez fijada la iconografía del Santo, se reduce a un tipo de cuadro único, propio para el culto ante el altar.

Este tema del ciclo de Navidad, por el contrario, no se limita con el tiempo, sino que cada vez se enriquece más, bien como obra suelta, bien como parte integrante de un retablo de la vida de Cristo, tal como ocurre en el Altar Mayor de esta Primada que tiene el Nacimiento y los Reyes. Se presta a las siguientes fases: Nacimiento y Adoración por María, aviso a los pastores, adoración por éstos y adoración por los Reyes Magos y, un poco más lejano, la Huída a Egipto y el Descanso.

Además de esa pluralidad temática, hay otra de soluciones tanto por lo ecuménico de la Adoración, en donde entra desde el naturalismo rural de los pastores, hasta la riqueza oriental de los Reyes, todo lujo y esplendor, como por las posibilidades del escenario que siendo un portal, probablemente templo pagano sobre el que hay rehecho un humilde refugio, simbolizando que sobre el muerto paganismo, se hacía la vida cristiana espiritualmente más rica.

El tema es tan plural que, empezando en una humilde adoración, culmina en las lujosas cabalgatas renacentistas, de las que citaremos algunas más adelante.

En la pintura toledana, tenemos buenos ejemplares, como los de Mayno con la Adoración de los pastores, en el museo de Villanueva y Geltrú, y la de los Reyes, del Prado, procedente del retablo Mayor de San Pedro Mártir, de Toledo.

El Greco toca el tema de la Adoración de los pastores en el altar lateral de la Epístola del Monasterio de Santo Domingo el Antiguo, apareciendo un donante.

El mismo asunto toca Tristán en un cuadro conservado en Cambridge.

Fuera de Toledo, en la pintura española, acaso el más notable es la Epifanía del Altar Mayor de la Capilla Real de Santa Agueda, de Barcelona, mandada pintar a Jaime Huguet por el efímero rey de Aragón, el condestable Don Pedro de Portugal. También la obra principal del Maestro Mur tiene el mismo tema en el retablo de la Colegiata de Calatayud.

Entre las piezas de honor del resto de la pintura española, figura la de los pastores, de Zurbarán, que guarda el Museo de Grenoble, y Murillo tiene una Huída a Egipto, en el Palazzo Bianco de Génova, en que las figuras y la cabalgadura ocupa todo el cuadro, dejando poco espacio para el fondo del paisaje.

En la pintura francesa, Nicolás Pousin tiene una Adoración de los Magos en el Museo Dulwich, de Londres. La época hace que vistan telas de confección imprecisa, anunciándose un cierto orientalismo.

Entre las escuelas germánicas, Rubens tiene una bien revuelta Adoración de los Reyes, en el Prado, muy de su estilo, pero acaso la más interesante de estas esscuelas es la de Durero, en Florencia, hecha con gran preocupación dibujística.

Las escuelas italianas son las que presentan las obras de estos temas más ricas y apreciadas. En la predela del conocido y magnífico retablo de la Anunciación de Fray Angélico del Prado, figuran los Reyes, centrando este trozo la Virgen, estando a su lado San José, y sobre este mismo tema dejó un cuadro en los Uffici.

Ghirlandaio une el tema de los pastores con la cabalgata de los Reyes Magos en el cuadro de la Academia de Bellas Artes. Se le llama el pesebre, con deliciosos paisajes al fondo y un gran arco triunfal y ruinas romanas. El elemento antiguo está representado además por pilastras corintias acanaladas, que sostienen el cobertizo; haciendo de pesebre, un sarcófago romano con inscripción, y una gran guirnalda. En los rostros se le encuentran reminiscencias realistas de Hugo Van des Goes.

Más vasta es la de los Reyes, del mismo Ghirlandaio, del Hospital de Inocentes, de Florencia, en donde la gala del atuendo de los Reyes hace innecesario el recurso del sarcófago para dar primer término rico.

El lujo pagano se acentúa más en el uso excesivo del tema de la cabalgata de los Reyes, equivalente a los grandes desfiles de las ciudades italianas y a las proclamaciones imperiales, como la de Maximiliano.

Uno de los que aborda el asunto es Benozzo Gozzoli, con la del Palacio Ricardi, con un lujoso desfile de jinetes y peones, en donde hay un afán loco de buscar contrastes y ritmos con las curvas de los caballos. Es una glorificación de los Médici con el pretexto de la Epifanía en que el paisaje completa un rico fondo de arabescos.

El mismo tema ofrece el altar que guarda el Museo de Florencia, presentando además de la Adoración en primer término, y de fondo el total de la cabalgata, que hace de la obra un mosaico de cabezas y caballos.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 11/1955.

En el mismo Museo florentino se guarda el Nacimiento de Filipino Lippi.

Tintoretto, en un avance un poco tenebrista, tiene en San Rocco, de Venecia, una Epifanía de lo más movido de su pincel.

Estas ambiciones humanistas las frena el arte de la contrarreforma, en el que se van imponiendo soluciones más sobrias y humildes, como la Natividad, de Barocci, de la Brere, de Milán, muy prodigada estos días.

En general, él tenía este tema bien tratado en la plástica pequeña medieval, siendo notable un relieve del Baptisterio de Pisa, que tiene la Navidad, de técnica entre romana y bizantina. En figuras de bulto completo, el más conocido que hay en España es la Adoración de los Reyes, de Jacques Perut, en el Claustro de Pamplona, en el que aparece la Virgen y el infante bajo un doselete que reproduce las nervaduras del techo de la capilla Mabanzana, en cuya pared se apoya la consola.

En la cerámica, lo trata la familia de los Robbia, habiendo uno bellísimo de Juan en el Museo «Victoria y Alberto», de Londres, y la de los pastores; tiene un ejemplar él mismo en la Iglesia de Santa Clara, del Santo Sepulcro.

En la escultura parietal toledana hay varias veces estos temas. En el tímpano de la puerta de la Chapinería, figuran los Reyes Magos en el último friso, y en las archivoltas, entre las columnas añadidas ya del quince, también los tres Magos adorantes en el lado izquierdo, y más hacia el exterior, está un escudero que coge las bridas de los tres caballos, cuyas cabezas emergen solas. Dentro del templo están las dos Adoraciones en los relieves del gran retablo, y en el trasaltar mayor, enfrente de la Sala Capitular, figuran el Nacimiento, Anuncio a los pastores y la Adoración de los Reyes.

De los diez relieves que hay en el Claustro, al lateral de la Puerta de la Presentación, cinco aluden al tema del Nacimiento y Adoración.

Como quiera que, francamente, parecen trasladados, y dado lo cerca que están de la antigua capilla de Reyes Nuevos, emito, por primera vez, la sugerencia de que pudieran pertenecer a la cabecera de dicha capilla, por ser estos temas los que se ponían en tal lugar.

En la gran escultura, no aparece mucho el tema, por no prestarse el conjunto numeroso a la escultura, tratándose, generalmente, en relieves, como el de los pastores, que hace Berruguete para el tablero de una sillería abacial de Coro, de Palencia, guardada en el Museo de Valladolid.

Idéntica solución relivaría acepta Juan Martínez Montañés en las dos Adoraciones del retablo de San Isidoro del Campo, de Santiponce (Sevilla), una de sus obras maestras.

Si el tema no se da bien en la gran escultura, la pequeña lo acepta plenamente en el tan simpático motivo de los belenes, que es una de las fuentes de cultura popular más finas, siendo el más notable el de Salcillo, de gran número de figuras (800 entre personas y animales), obra en donde más plenamente se manifiesta su estética rococó. Dicho Belén lo guarda el Museo de Murcia.

Atendido este género por toda España, lo está preferentemente por los mediterráneos, que llegan a tener buenas figuras de la escultura, que apenas son algo más que belenistas, como Amadeu, del que se conservan varias figuras sueltas en la Virreina y en el Pueblo Español, en Barcelona.

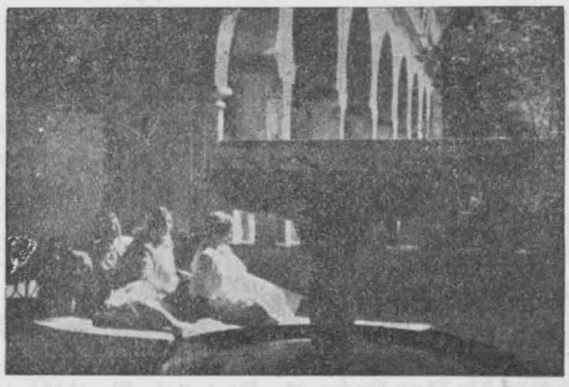
LAS EXCURSIONES DE "ESTILO"

Han sido unánimes las respuestas de nuestros asociados en lo que se refiere a excursiones. Todos insisten en la idea de celebrar éstas con más frecuencia; deseo que ha sido tomado muy en cuenta por el Presidente, y para realizarlo está en estudio, por parte de la Junta Directiva, trazar un programa con el que se puedan complacer las justas peticiones de los asociados.

Una de las más importantes, en el pasado año, fué la que se hizo en el mes de Julio al Monasterio de Guadalupe, bajo la dirección del Vocal de la Junta Directiva don Emiliano Castaños.

* * *

(Reproducimos aquí dos interesantes fotografías de esta excursión a Guadalupe).



Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 11/1955.

ORIGEN DE LOS BELENES

Si la misión del artista es captar los encantos de la naturaleza y plasmarlos en una modalidad nueva, con el pincel o con el buril o con dejes cadenciosos y melódicos que, cual suspiros de alma enamorada, vibra al pulsar su corazón con el contacto del misterio profundo, escondido a los ojos profanos, que despertó en su mente inquieta anhelos de patentizar lo sublime de su idea, quizá el artista más destacado, no sólo por lo divino, sino por lo que humanamente representa, sea San Francisco de Asís. Él se había forjado una idea, un amor, y tras él corrió todos los instantes de su vida. Le fascinó la idea del amor a Jesús Crucificado y no ya en versos o en un lienzo, sino en sus propias carnes, esculpe la pasión dolorosa del Divino Ajusticiado, siendo testimonio fehaciente las llagas que por espacio de dos años fueran la mejor prueba de su amor.

Todas las criaturas son una manifestación de las perfecciones divinas y de todas se vale para amar al Creador que belleza y donosura tanta derramara en nuestro derredor. Todas fueron para Él medios de ascensión hasta Dios, y así le vemos estático contemplando el hermoso panorama del valle espoletano, ya la grandiosidad del monte Subasio, a la inocente avecilla que se posa en sus manos, como domeñando la ferocidad del lobo de Gubio, hasta convertirla en mansedumbre de cordero. Sabe buscar en las criaturas lo bello y lo bueno, para de este modo caminar sin temor a que la más ligera sombra entenebrezca su amor a Dios y a las criaturas.

Mas quien tan bien supo hacer vibrar su corazón al contacto de la galanura de la creación, no puede por menos de amar a Aquel por el que fueron creadas y que un día se hiciera hombre, revistiéndose de nuestra misma carne y «en el silencio de la media noche» dejara oir los primeros vagidos, acallados por unos brazos maternales que, con solicitud sin par, faja en pobres pañales el tirante cuerpecito del Verbo Encarnado.

Haciendo caso omiso del aspecto litúrgico, vamos a poner ante nosotros una escena, no teatral, sino eminentemente consoladora y emotiva y que hoy en día es el encanto de los días navideños. Quisiera diseñar en estas líneas, con la misma sencillez de las «Floreciñas de San Francisco», la escena que tuvo lugar en Greccio por los años 1223, exactamente tres antes de morir el Santo. Sinteticemos lo que allí se nos relata (Apéndice a la 1.ª parte, c. 3.º).

San Francisco se había retirado a la soledad del tugurio franciscano para prepararse a celebrar el día de Navidad con el ayuno y la oración. Siente deseos de hacer lo más vivida posible la escena y a un buen amigo suyo, de buena vida y de mejor fama, un día le dijo el Santo: «Si deseas que celebremos en Greccio la próxima festividad del Señor, adelántate tú lo más presto y prepara con diligencia lo que te encargo. Porque quiero celebrar la memoria de aquel Niño que nació en Belén y las incomodidades y abandonos que sufrió el divino Infante, y presenciar con los ojos del cuerpo lo mejor que pueda, de qué modo fué reclinado en el pesebre y cómo fué puesto sobre el heno, teniendo delante el buey y el jumento».

Todo lo dispone el buen hombre cual se lo mandara el Santo. La voz se corre por el poblado y comarca y concurren a la piadosa romería provistos de candelas y hachas «para alumbrar aquella noche que bañó de centelleante esplendor todos los días y años». «... En el bosque repercuten las voces y las rocas contestan con su eco a los gritos de júbilo; cantan los frailes pagando al Señor las debidas alabanzas, y toda la noche cunde el entusiasmo. Pónese el Santo de Dios ante el pesebre, emocionado por los suspiros, enternecido por el amor y bañado de un gozo admirable... Francisco hace de diácono en la misa y con voz sonora canta el Evangelio... Después predica al pueblo que le rodea y su boca destila dulcedumbres hablando del nacimiento del Rey Pobre y de Belén, la ciudad pequeña..., y como oveja que bala, diciendo Bethleen, enchía su boca de sones...» y sus labios, cual si destilaran miel al pronunciar el nombre de Jesús, parecían gustar la dulcedumbre de esta palabra.

Un hombre virtuoso contempla al mismo tiempo esta visión: «Veía en el pesebre a un pequeñuelo echadito y exánime, y que acercándose a él el santo de Dios resucitaba el pequeñuelo, como si se despertase de un sueño... Finalmente, se acaban aquellas veladas solemnes y cada cual, con gozo, se torna a su casa».

¿Qué es lo que tienen las fiestas de Navidad, que con alegría las vemos acercar y entusiasmados gozamos de las bellezas del arte al servicio del amor y con nostalgia observamos que han huído de nosotros? Todo este gozo espiritual te lo proporcionó, lector amigo, un artista a lo divino, San Francisco de Asís.

FR. LUIS ANGEL DE LA FUENTE
Franciscano

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 11/1955.

Villancicos para artistas toledanos

Dedicados: Por N. SÁNCHEZ PRIETO

...No temáis, ángeles. Os anuncio un grande gozo: aún hay hombres de buena voluntad en la tierra. ¡Aún es bello vivir!

I

A UN POETA

Eres lírico pastor. Con los rebaños de Dios apilados en la tarde rosa sobre tu aprisco de piedra con lentiscos de filigrana, Toledo.

Con cayado de estrellas para alcanzar a cada tarde, que se nos vuela como un pichón herido. ¿Qué ángeles tuviste, que aún llevas los muñones de de sus alas a la espalda? ¿Qué sol sobre tus ojos se ha dormido, que tienes en ternura tostada una y otra mejilla? Es rebaño de Dios este rebaño que mordisquea las venas de tu carne.

Parte ya esos mendrugos llovidos de alegría, rociados con la miel de tu palabra. Vigila sobre el ramo de tus lirios. Guarda el monte, el río y la espadaña. Guarda las piedras jades de endecasílabos y églogas, la bandera alzada del comunero, la vieja judería entre ritos de espanto, la alcazaba junto a los alfanjes cadenciosos, y en el jardín de la Cava, guarda las rosas de la leyenda.

—¡Guarda, pastor, las gotas de Edad [Media
derramadas en tu aprisco de piedra!...

II

A UN PINTOR

¿Dónde vas a colgar el trípode? ¿En las pupilas redondas del puente? ¿En el alto taburete de la peña? ¿O en ese delirio de calados que canta en romance de tracerías?

¿Qué quieres pintar? ¿El sol último y su exacta vestidura? ¿El sauce que tiembla de jilgueros y moja en el estanque sus alas cenicientas? ¿O vas a descoser desgarrones de púrpura en las nubes altas con la aguja de la catedral enhebrada de hilos de sol?

¡Píntame un belén para los ojos! Con muchas gárgolas que escupen agua para hacer el cauce satinado de las calles toledanas. Con los dioramas del crepúsculo que emborrona el paisaje de oros rojos. Con cornisas de palomas dormidas en balcones de madera labrada como un confesonario. Y, en el río, hacinados en manojos, los álamos. Y, en el claustro del ocaso, un soportal paralítico de fulgor. Y, bajo la rodela de la montaña, un molino, como un guerrero que se desangra en el éxtasis del atardecer. Y, detrás, cabalgando a grupa del corcel de una roca que la luz ensilla, un rey mago. Con un cofre untado de colores. Con el corazón recién nacido. Con la estrella de Dios en la frente.

—¡Rey mago, rey mago...
pintor toledano!

III

A UN ESCULTOR

Vengo a tu taller, amigo. Me han dicho los hombres que van a asesinar ya la hermosura. ¡Oh, qué pastor sin brazos! ¡Oh, qué corro sin niños! ¡Oh, qué portal sin Dios! Y me lo han dicho por esas calles vueltas hacia dentro, donde antes hubo voces de otros hombres; hombres de color de lirio ahora como el de las tablas primitivas; hombres, con sueños de monjes, que se vestían de moro y jugaban al ajedrez, como aquel lúgubre y gigantesco Enrique IV que luego llevaron a Guadalnpe. Te traigo la rosa trillada del mundo para que minies su ternura. Te traigo los pájaros sin rama, el rebaño sin zagal, los lirios sin agua. No mutiles —¡por Dios!— esta almena de cristal para el asalto de toda belleza, esos labios de roca, esos brazos de espuma, esa adorada colmena de riscos y azul que rondan los pájaros. Pule con mimo. Desgarra sin odio. No rompas nada sin llorar. Y, por fin, un encargo: Hazme una talla con el Niño del pesebre. Desnudito, guapo y señor. Rollo de sol, pedacito de oro y nieve, caracolín. No des los golpes tan fuerte que estalles las ánforas de los ojos de su Madre y tronchesla vara florida del Patriarca, ni tan suave que no lo sienta tu corazón.

—¡Ay el cincel como un beso crujiente
que canta y que siente!...

IV

A UNO QUE TIENE UN CIGARRAL

Por ese camino que inciensa el viento se llega al ocre de tu cigarral. Y por ahí voy yo a verte esta tarde sin trinos.

En tu cigarral me diste agua para la boca donde fundo el pájaro que cante tu villancico.

¿No ves, amigo, aquel barco de niebla arriado por las nubes? ¿No ves que el barco se torna carroza, y la piedra ara, y las nubes corporales? ¿Y no ves ahora que unas manos como laureles sujetan cada nube, y elevan el viril del arte? ¿Y no ves cómo se agita el turíbulo de estas hondonadas? ¿Y cómo brillan las brasas de la epopeya a flor de boca? ¿Y cómo se quema el incienso de la vega? ¿Y no ves esa llama gótica... y la otra arabesca...?

En un momento tu cigarral se ha quedado extático, como un monje. El consagra el trigo en pan, ante la genuflexión de esas cumbres que terminan arrodillándose con el temblor ingrávido de la plegaria en vuelo.

¿No sabes por qué está en éxtasis tu cigarral? Sobre el cáliz del peñón que se sujeta con el lazo del río, se ha posado la blanca hostia del sol.

—¡Oh Belén, cigarral,
el del Pan condeal!

V

A UN TONSURADO CALÍGRAFO

El acompasa la entrada del sol por las vidrieras. Y gusta de asomarse al arco de la historia como a un ala enredada de sombras. Pero, sobre todo, él sabe de un nombre espléndido de gutural guerrera: Toletum. De guzlas, turbantes, media luna y otro nombre: Tolaitola. De espadas y cascos de Castilla, y un nombre cristiano: Alfonso. Y, al punto, un encuentro de escritos árabes con plumas romances. El pulsa la péñola como se pulsa un arpa. Porque trata de arrancar la chispa de gema a esta gran Piedra Lírica. Y él sabe leer en tablas de marfil antiguo. Donde está, trasijada, la mulita que calentó al Redentor. Es la misma que le llevó a Egipto, porque tiene los mismos ojazos de luna. Y, con la mula, el manso buey, su escudero mayor. Y, revoloteando, los gorrioncillos que piaron el primer villancico sobre el musgo de la cueva.

Levanta ya la péñola, amigo.

—¿No tienes copiada
tan linda canción?
¡Busquen ya los ojos!
¡Busque el corazón!

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 11/1955.

EL AGUINALDO DE UNOS MONJES y EL «VILLANCICO DE ANTÓN»

Los dos son bocados exquisitos. Sobre todo, el primero. Los dos fueron preparados por las mismas manos beatíficas. Manos de monjes blanquinegros, con escapular manteleta de lana sin teñir, que vivieron en Guadalupe. El aguinaldo fué para Felipe II y su sobrino Don Sebastián en aquella Nochebuena histórica de 1576, «con asistencia de los Reyes al coro en sendas sillas de frailes» (Barrantes, «Virgen y Mártir», pág. 300). También entonces «trajo esta casa cantores de Toledo, tañedores de órgano y corneta diestrísimos» (P. Fr. José de Alcalá, «Historia Manuscrita del M. de Guadalupe», folio 167). El aguinaldo fué como de reyes. El de Felipe II está en un Ms. del siglo XVI transcrito por Barrantes. Y el de su sobrino en el «Libro de fallecimientos», donde queda todavía un romance «con discante» de aquellas circunstancias, y una nota: «llevaron este presente los criados de casa al corredor de la sala de la Hospedería, y por una ventana baja lo recibió el Rey, y los estudiantes hicieron una dança.»

Aquí os presento los dos, sin más aperitivos, para holgar y refocilamiento de todos. ¡Ah! Y sin alabanzas. Pues «no es menester alaballo, que ello solo se alaba.»

Aguinaldo de Felipe II: 6 gamas muy gruesas y buenas, 3 venados bien grandes, 2 jabalíes escogidos, 100 perdices, 100 gallinas, 200 conejos, 100 palomas torcaces, 4 docenas de perniles añejos, 1 arroba de manteca de vaca, 100 cuerdas de uvas largas maravillosas, 1 arroba de diacitrón de lo muy transparente, 2 arrobas de confitura, cada una de su manera, 6 canastas de camuesas, otras tantas de manzanas; y lo que el Rey estimó en más fué un zamarro, el más curioso y bien hecho que jamás se ha visto, y con él 6 docenas de pares de guantes y 6 cueros de vino de Ciudad Real, que costó la arroba a 26 reales» («Virgen y Mártir», pág. 292).

El del rey de Portugal es un milagro de conservación. Sólo unas hojas escaparon a la bárbara mutilación que sufrió tan interesante ms., archivo necrológico durante 238 años de los monjes guadalupenses, según reza el tejuelo de pergamino que todavía conserva la encuadernación: «Año de 1389 hasta 1627.» Abrió sus pastas de madera forrada de cuero maravillosamente estampado (210 × 145 mm.), que aún guarda cosas muy buenas:

«Aguinaldo del señor don Sebastián de Portugal: Pan, 6 canastas, carneros 8, cabritos 12, venados 3, 1 gama viva, jabalíes 2, gallinas 50, capones 12, gallipavos 4, conejos 50, perdices 100 pares, jamones 12 ,quesos 24, vino de Ciudad Real 12 arrobas, mantequilla 1 arroba; de todo género de confitura 37 libras, calabacete cándido y por candir 50 libras, turrón 25 libras, mazapanes 50, turrón 25 libras, suplicaciones (barquillos) 6 tabaques (canastillos), uvas largas 200 kilos, naranjas y limones y limas 6 tabaques, de diversidad de conservas, cantidad; fruta de sartén 3 fuentes, camuesas 2 arrobas».

Otro aguinaldo, exquisito de fina ironía, es el «villancico de Antón» preparado, en letra y música, por Fray Manuel del Pilar para las Navidades de 1763. Lo encontré en un ms. de 36 páginas y 215 × 145 mm. Con una dedicatoria al Prior del Monasterio y la firma autógrafa de Fr. Manuel. Los había ingenuos como la pastorela «Ola han zagalejo», donosísimos como el que empieza «Queriendo unos molineros» delicados como la tonadilla «Festivos zagales»... Piadosos y cuidados, todos. Yo escogí el «Villancico de Antón». Y creo que vosotros hubiérais hecho lo mismo. ¡Lástima que no os le pueda aquí pautar con todo el acompañamiento de violines, óboes y trompas...! Es festivo, devoto y popular.

Saboreadlo.

INTRODUCCIÓN

Solo. Esta noche en el Portal
no es posible que entre Antón,
porque está encolerizado,
impaciente y jurador.

ESTRIBILLO

1.º ¡Ay, Antón suave!
¡Ay, devoto Antón!
Los 2. ¿Qué te desazona
cuando nace Amor?
Antón. Estoy hecho un perro,
y de cantar hoy
las verdades, tengo
hecho voto a Dios.
Coro 1.º ¿A eso te resuelves?
Antón. Como Dios nació.
Coro 2.º ¿Y por quién las dices?
Antón. Por mi vida son,
que de pura rabia
de ver el rigor
con que en Belén niegan
hospedaje al Sol,
se me arranca el alma
¡por nuestro Señor!
Coro 1.º Pues Antón suave.
Coro 2.º Pues devoto Antón.
Coros. Así lo dispuso
quien lo decretó.
Antón. De ver tantas salsas,
dulces y turrón,
vinos y ensaladas
para el pecador,
y que vive Cristo
solo en un rincón...
yo dijera, ¡ah!, ¡ah!,
mas dejémoslo.
Coros. Dí lo que quisieres.
Antón. ¡Ah, que no es razón!
Coro 1.º Cristo nace pobre.
Antón. ¡Ah, que él lo eligió!
Coro 2.º Malo era este mundo.
Antón. ¡Ah, que hoy es peor!
Coros. Pues refrende vicios.
Antón. ¡Ah, no me tocó!
Que vive San Juan
que de Cristo es voz.
Coros. Pues al portal entra.
Antón. Ya por Jesús voy:
¡Ah, si yo cantara!
¡Ah, si hablara yo!...
Coros. Ven, Antón suave,
ven, devoto Antón,
no te desazones
cuando nace Amor.

COPLAS

Antón. ¿Ven ustedes una vieja,
metidita en un rincón,
haciéndole al Niño gestos
esta noche en que nació?
¡Ah, si yo dijera!, ¡ah, si hablara yo!
A 4. ¿Qué dijeras?, dilo;
no tengas temor.
Antón. Pues al Niño pide
un marido hoy.
cuando a tres ha muerto
con su condición.
2 Antón. ¿Ven en el portal, con pera,
un Dómine fantasmón
que afirma que en la Sorbona
seis cátedras se sorbió?
¡Ah, si yo dijera!, ¡ah, si hablara yo!
A 4. No hay que detenerse;
dí que es diversión.
Antón. Pues la dicha pera
toda se ingirió
en tan gran camueso
que no le hay mayor.
Coros. Ven, Antón suave,
ven, devoto Antón,
no te desazones
cuando nace Amor.
3 Antón. ¿Ven ustedes junto al Niño
un poeta remendón,
oso, que de chupar uñas
seis años se sustentó?
¡Ah, si yo dijera!, ¡ah, si hablara yo!
A 4. Dí, ¿qué te parece
de ese pobretón?
Antón. Que en un villancico
en que al buey nombró
dijo que sus astas
eran de charol.
Antón. ¿Ven atisbando a la mula
un doctorcillo hablador,
contando de sus recetas
más triunfos que de Escipión?
¡Ah, si yo dijera!, ¡ah, si hablara yo!
A 4. Habla, aunque es asunto
con repetición.
Antón. Pues en cuanto a estudios
si han de hablar los dos,
quiere nuestra mula
ir sobre el doctor.
Antón. ¿Ven, para fin de este cuento,
la noche que Dios nació,
tantas gentes atestadas
de hipocrás y de turrón?
¡Ah, si yo dijera! ¡Ah, si hablara yo!
A 4. A la iglesia vienen
con igual fervor.
Antón. Mas no a ver al Niño,
sino a ver si hay hoy
en los Villancicos
jácaras de Antón.

FINIS»

Da gusto de corear, también nosotros, «para fin de este cuento»:

¡Ay, Antón suave!
¡Ay, devoto Antón!

N. S. PRIETO

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 11/1955.

CUENTECILLO INTRASCENDENTE...

Por Manuel Martín Mirón

Harto intrigados estaban los benditos y graciosos Reyes de Oriente, al volver de su breve correría nocturna por la tierra, luego de derramar, pródigos, obsequios y regalos por doquier.

A más, innumeradas cartas infantiles, les solicitaban ¡unas «cosas» tan raras y tan poco finas! —«Si la respetable Majestad de mi Señor Melchor me trajese un «tanque»...! —Yo quiero, Señor Gaspar, un «robot»... —¿Por qué, querido Baltasar, no me «taes» una pistola de «vedá»...? Y luego, al corretear raudos por todas las avenidas y calles de la tierra, ¡veían unas costumbres tan raras...!

En fin: que a la par que en su sabiduría, estaban sumergidos en un piélago de confusiones.

—¡Esto se acabó! —, comentó el venerable Melchor, en sosegado coloquio con Gaspar y Baltasar. —Hemos de pedir autorización al Señor, y, con su venia, vamos a bajar de incógnito a la tierra, damos un vistazo a la vida actual, y luego, ya enterados de cómo andan las cosas por allá abajo, podemos seguramente realizar nuestros cometidos, con más actualidad y más a tono con los tiempos modernos.

Y dicho y hecho. Concedida la oportuna autorización, envuelta en una divina sonrisa triste, una milagrosa y rápida mutación personal, nuestros tres benditos magos, aislados, independientes y llenos de una serena intranquilidad, se personaron en la tierra.

* * *

Visible a veces, en una respetable figura de caballero con luengas y bien cuidadas barbas blancas, y

otras divinamente acomodado en incorpórea figura, el santo Melchor permaneció unos días navideños con los humanos.

Otro tanto hizo el rubio y joven Gaspar, bien encajado en países de constantes brumas y rodeado de albinos personajes de azules ojos, trepidante agitación y negociante actividad; mientras el tercero de los Magos, naturalmente, oteaba por regiones donde la piel es de ébano y en la que una adormecedora y tranquila manera de ser tan estupendamente encaja entre extensiones verdes de lujuriante frondosidad, o dorados e interminables espacios desérticos, rotos, a veces, con los airosos y frescos rincones de los poblados o los oasis.

Por muy breves días terrenos se centraron en nuestro planeta, y —digamos la verdad: un poco hartos y un mucho enfadados — logrado su objetivo se consideraron más que enterados de las costumbres de última hora, estimaron que para lo visto mejor fuera no saberlo jamás con su omnipotente poder a kilómetros de distancia se pusieron de acuerdo, y sin dudarlo ni un solo segundo dieron por finiquitado su viaje, y nuevamente se juntaron en las etéreas regiones de donde habían salido...

* * *

—Efectivamente, y en razón de la velocidad que palpita en la tierra, no conocíamos la actualidad que viven los humanos...

Han perdido —continuó tristemente Melchor— aquel infantil encanto que guardaban las fiestas populares navideñas. Y hay rincones en los que por copiar lo de otros puntos del planeta, están dejando escapar, ¡qué digo, escapar: perder!, lo inmejorable de ellos.

Antes, como bien sabéis, las fiestas de la Natividad del Señor se centraban, rodeaban, giraban, alrededor del Nacimiento. Y todo el

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 11/1955.

día y toda la noche, tenían un primero y siempre igual desarrollo repetido año tras año.

Era la familia toda pendiente toda de toda la festividad. Era el día completo hecho por y para el Niño de Belén. En la preparación del Nacimiento realizado por el padre con la inquieta ayuda de los hijos pendientes de rodear el Divino Misterio de todo lo que representase acato, sumisión y reverencia; era la comida ya tradicional, acalorada y detalladamente confeccionada por la madre, con moradas suavidades de típicas verduras, con pescados de claros y redondos ojos, con carnes de cacareantes aves o de retozones corderos, y postres de siempre igual y siempre nuevos deliciosos sabores, todo preparado y a punto para el regreso de la Misa de Medianoche, distrayendo la tarde con originales sopas y frutos secos, que daban a la familia en aquellas horas aires y rumbo de peregrinos anhelosos de Dios...

Bueno, pues ahora... todo está trastrocado. Casi no se sigue la costumbre, se aumentan las bebidas, se mezclan alimentos por afán glotón de novedades actuales, y se acaba, o en la Misa de Medianoche —menos mal— con cargados ojos, de estómagos ahitos y somnolencias de excesos de vapores, o se llega al amanecer roncos de griteríos y estragados de excesos...

Y he visto, en muchas, muchísimas casas, que nuestras comitivas de regalos han sido sustituídas por un árbol lleno de lucecitas, de colgantitos, de hilitos, entre los que estaban los presentes familiares que siempre hemos hecho nosotros.

Y he visto más. He visto...

—Y yo, Señor —interrumpió Gaspar al ver el gesto de dolor del anciano Melchor. —No quiero que Vuestra Majestad se violente al relatarlo.

—¿El qué—, cortó Baltasar todavía ingenuo e infantil.

—Un remedo, un irritante remedo de la venerable figura de la Majestad de Melchor, en la que vamos incluídos todos y por la que los tres hemos quedado excluídos de muchos hogares...

Ya sabéis, hermanos, que rocorrí las zonas y rincones de más intelectualidad y trabajo de la tierra. Oí planes y proyectos de celebrar estas fiestas en Salas y lugares donde brilla todo pero no se encuentra ni el nombre del Niño Dios. Matrimonios que se apartaban de los hijos para no sentirse mediatizados con la inquieta actitud de los pequeños, hijos que se separaban de los padres huyendo de su pacífica senectud, criados que aprovechaban la ausencia de los amos para expoliar sus víveres y sus bienes, ricos mirando con insultante desprecio a los pobres y desgraciados observando con rencor a los poderosos... ¡Pocas, muy pocas imágenes del Niño Jesús!

Y sobre todo, en cualquier escaparate público, en cualquier rincón de vivienda, una figura en rojo, de barbas blancas... ¡¡sustituyendo, hermanos, nuestras santas figuras y borrando de la mente ilusionada de los pequeños la estampa celeste de nuestras tres personas!!

—Yo, Señores míos, recorrí mis tierras y me hablaron de revueltas y de razas; encontré odios entre hermanos y falta de caridad entre los selectos...

Humildemente no sé que decir. Es más: encontré revistas en las que se hablaba de modas, de cocina, de recetas de belleza, de decoración del comedor, pero frías, sin alma, sin la idea de Dios Niño.

—Menos mal —remató con algo de ilusión la joven figura de Gaspar—, que por allá nos quedan algunos rincones en los que suenan músicas, se cantan villancicos, se vive todavía en Dios, se...

—Pero menos que antes, Majestad, menos que antes—, interrumpió tristemente Melchor. —Vuestra juventud se anima, sin ver que junto a eso, se va introduciendo ese Padre Noel, ese árbol de Navidad, ese no molestarse con los hijos, que puede muy bien trastocar las esencias es...pirituales —para no señalar ninguún rincón—, que fueron glorias del hombre sobre la tierra.

—Entonces...

—Entonces, Señores, presentémonos al Señor, y lo mismo que allá en Belén, dediquémosle como resumen de nuestro viaje, en el oro de entonces la caridad que aún hoy existe; la esencia de tantos que aún rememoran el Nacimiento de Jesús con mística y emocionada alegría de gratitud; y la mirra tradicional de costumbres y maneras que tanto sabor y dulzura tuvieron siempre...

Y como tristemente cansados, como comprendiendo ya por qué los peques les pedían pistolas, tanques, «robot» desde este mundo inquieto y agitado, las tres figuras señoriales de Melchor, Gaspar y Baltasar, se fueron perdiendo entre rosadas y luminosas nubes...

Durante este año, hemos mantenido intercambio con las revistas: ADVINGE (Jaén), ALCALA (Madrid), ALNE (Madrid), ANGELUS (Zafra), ARCO (León), CALETA (Cádiz), COURRIER DU CENTRE INTERNATIONAL D'ETUDES POETIQUES (Bélgica), COBAYA (Avila), CONSIGNA (Madrid), CUMBRES (Utrera), GANIGO (Santa Cruz de Tenerife), IXBILIAH (Sevilla), MALVARROSA (Valencia), MENSAJE (Palma de Mallorca), OCIO (Palma de Mallorca), PLEAMAR (Baracaldo), ROCAMADOR (Palencia), URIEL (Santo Domingo de la Calzada), VERITAS (Granada), VIRTUD Y LETRAS. Manizales (Colombia).

Publicaciones:

Hemos recibido: «El cementerio de los pájaros» (poesía), por Diego Sánchez del Real, colección ADVINGE.—«Carta desarraigada a Blas Otero», de José Carlos Gallardo.—«Arpegios», de E. José Valdivia y Cabrera.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 11/1955.

LAS UVAS

—Las uvas son doce décimos de lotería barata con los que se aspira nada menos que a ver realizadas todas las ilusiones —me dijo el sabihondo Fernández—. Con las uvas no se pide un puesto en esa especie de tabla de lagaritmos que es la lista oficial, sino un puesto en el Seguro de Enfermedad, en las Oficinas del Ayuntamiento o en la lista de aspirantes a un «Fiat 600». Vale la pena entrar en el juego.

DIBUJO

El pelo cae lacio, con grandes calvas.
Los párpados se pegan al ojo.
Solamente se ve una raya agonizante.
Partiendo la frente y de nariz,
las agujas del reloj
marcando la hora, aún incompleta.
Pendiente de ellas un racimo de uvas.

Una boca suave, sin dientes,
intenta coger el primer grano.

MIGUEL CORTÉS

Me convenció. A mis treinta años yo no había querido jamás tomar las uvas. Porque soy un hombre práctico y sensato, y pienso que todas estas bobadas no llevan a ninguna parte. El que quiera hallar un puesto en la Administración, que se busque una recomendación; no es un refrán, pero sí es una verdad como un templo.

Sin embargo, aquel año tenía varios proyectos ambiciosos; aspiraba a todas estas cosas: un teléfono, una vespa, un aprobado del tribunal de ingreso en el bachillerato para mi hijo, un aprobado del secretario general de PIRATOSA para mi balance anual que no era todo lo satisfactorio que él y yo hubiésemos deseado... Aparte de esto estaban los deseos de mi mujer: la piel esa de todos los años, la refrigeradora esa de todos los veranos, la lavadora esa de todas las semanas y las medias esas de todos los días. Mi cargamento de ilusiones superaba con mucho al de otros años. La vida, que cada día nos da más, también nos exige más cada día, y amí me exigía rendirme a esa optimista superstición.

Compré tres paquetes. «Uvas de la suerte», decía el sobre. Tres pesetas cada uno. Evidentemente, eran las uvas de la suerte, al menos para el vendedor.

Me acordé de la criada. También ella tenía derecho a su cargamento de ilusiones. Compré otro paquete.

A mí me gusta hacer las cosas bien. Una vez que estaba dispuesto a claudicar ante las uvas, lo haría con toda corrección. Cuando subía la escalera de mi casa sentí el temor de que en alguno de los paquetes el número de uvas no fuese el mágico de doce. Volví nuevamente sobre mis pasos y compré un quinto paquete.

La cena fué buena, como todos los años, gracias a Dios. Los paquetes de uvas estaban completos; no sobraba ninguno, porque mi mujer llamó a doña Casilda, la viuda del tercero, para que las tomase con nosotros. Luego se durmió el niño, yo me puse a leer el periódico; mi mujer hablaba con doña Casilda de la criada, la criada entraba a cada momento a decirnos que por la calle pasaban grupos de criadas, batallones de criadas, legiones de criadas; los demás no contaban para ella: la chica no encontraba otro procedimiento mejor para decirnos que estaba deseando largarse a tocar la zambomba con los mozos de la pescadería o con unas muchachas de su pueblo que pensaban correr el gran zurriburri vestidas de hombre.

Eran las doce menos cinco. Mi mujer descorchó la botella de champán regalada por un despistado que creía deberme un favor. Todos pusimos cara de pascuas y preparamos las uvas.

La radio suspendió bruscamente los chinchines de una música saltarina; empezaron a sonar las campanas. Es difícil comer las uvas; la boca se llena de pellejos y granitos en un momento. Hay que tragarse aquella especie de estropajo para dejar paso enseguida a las uvas que faltan; las campanadas se suceden muy deprisa ¡y son doce! Doña casilda dió un ronquido y empezó a pataleer, se ahogaba. Fué un susto terrible el que nos dió la pobre. Y luego, cuando todo pasó, estaba feísima sin la dentadura, que se había quitado entre los estertores de la asfixia.

Las campandas se habían ido al diablo. A doña Casilda le sobraron ocho uvas, a mi mujer seis, a mí cuatro. Al niño todas, porque se nos olvidó despertarle: eso salió ganando.

La criada volvió muy contenta. Ella había comido las uvas... en cierto modo. En las apreturas se las exprimieron.

—Pero me comí los pellejos y hasta creo que algún cacho de papel del sobre —nos explicó feliz.

Aquel año, como todos, unos asuntos me salieron bien y otros no. Quizá fué porque no me comí todas las uvas.

A la criada parece ser que le fueron mejor las cosas. Se pasa el día cantando a grito pelado.

ANGEL PALOMINO

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 11/1955.

"LA BEATA"

Conseja del tiempo

...et vidimus glóriam eius, glóriam quasi Unigéniti a Patre, plenum gratiae et veritátis.

I

Clara levantó la cabeza y sus ojos contemplaron el cielo a través de los turbios cristales del ventano. Sobre su regazo yacían sus manos, un costurero y unas medias negras llenas de zancajos.

El invierno ya había comenzado. A las cuatro de la tarde, la luz empezaba a declinar. A los sesenta años, la vista decae. No bastaba con vivir en una buhardilla: algo faltaba...

* * *

Nunca es tarde, si la dicha es buena. Y la ocasión se presentó cuando Clara ya era moza vieja: treinta y cinco años tenía al encontrar marido. La edad del pretendiente rondaba el medio siglo y, además, era totalmente sordo. ¡Pero era tan trabajador... y tan listo!...

Eulogio era un hombre completo: laborioso como pocos, y honrado, como ninguno. Y no era malo el oficio de carpintero...

Terminada la jornada, Eulogio abandonaba el taller de su patrón, y entonces demostraba que él era, de verdad, un hombre laborioso. Durante tres o cuatro horas, se entregaba con incansable ardor a la realización de los cachivaches que le encargaban sus protectores; todos ellos personas de orden y gentes de bien...

¡La vida es dura!

* * *

Súbitamente, abandonó la costura, sin ningún pesar. Se levantó y, con cierto nerviosismo, entró en el chiscón que le servía de cocina. Efectuó una somera limpieza del fogón y cubrió con ceniza las brasas que brillaban en la hornilla.

En medio de su miseria y de la desgracia ajena, había encontrado un respiro. Pero sin saber porqué, un sentimiento de ansiedad le resecaba la boca.

* * *

Las cosas buenas suelen durar poco. La viudedad no se hizo esperar. ¡Pero ya han pasado tantos años!...

Aquella buena mujer tuvo que convertir en oficio algo que en ella había sido afición más que costumbre devota: vendió rosarios, medallas y estampas; limpió iglesias, aderezó altares y repartió la «Hoja Parroquial»; fué recadera del párroco, de las monjas del barrio, y cobradora de algunas pías asociaciones.

* * *

Salió de la cocina atravesó el tabuco que utilizaba como alcoba, inclinando la cabeza, para no chocar con el abuhardillado techo. Pasó a una habitación más amplia que hacía las veces de comedor.

Arregló dos búcaros con flores de papel que había sobre el mármol de una cómoda. De un cajón sacó una polvera de plata repujada; la abrió, dejando ver en su interior un círculo blanco, cubierto por un cristal, y a continuación la situó, de canto, entre los floreros. Preparó unas mariposas que colocó en un par de vasos de cristal que contenían aceite y agua por mitad, guardándolos después en una alacena.

* * *

Los acontecimientos se precipitaron y, en evitación de males mayores, hubo que hacer algunas cosas... Había que justificar ciertas actitudes anteriores para congraciarse con la situación. Pero aquello hizo desaparecer su único medio de vida.

Después del siete de noviembre, la violencia había amainado algo. Y Clara tuvo una idea luminosa que, momentáneamente, habría de resolver su angustiosa situación.

* * *

Lanzó una escrutadora mirada a su alrededor y, con satisfacción, observó que todo estaba en perfecto orden. Era conveniente que todo estuviera preparado por si alguien quería hacer la visita...

Cerró la puerta y se guardó la llave en el bolsillo del delantal. Antes de comenzar a descender por la escalera, miró hacia arriba: los cristales de la claraboya dejaron ver un cielo cubierto de nubes.

* * *

Pero la salvadora idea era difícil de llevar a cabo. El párroco había sido «promené», el coadjutor estaba encarcelado y el anciano capellán de las monjas había desaparecido. ¡Con lo fácil que hubiera sido!...

Y Clara tuvo una segunda inspiración genial. ¡Qué sabía nadie!...

* * *

Aquella escalera era peligrosa. Como no se pusiera mucho cuidado, resultaba sumamente sencillo rodar un tramo, de engancharse el tacón de los zapatos en el borde metálico de aquellos vetustos escalones de madera. ¡Ochenta y dos peldaños eran muchos, aún bajándolos!

* * *

El negocio iba viento en popa. Era increíble el número de personas que exponían su vida por hacer la visita...

Las limosnas eran cuantiosas y los donativos en especie eran abundantes, hasta el extremo de exceder con mucho a las necesidades de lamparillas. ¡Con el precio que había alcanzado el aceite en aquella época de escasez!...

* * *

Era agradable el cuchitril de la portera, y tenía un buen brasero. Un rato de conversación siempre gusta.

Clara llegó al zaguán y se dispuso a entrar en la portería, pero algo requirió su atención.

Un automóvil se paró ante el portal con un desagradable chirríar de sus frenos.

II

Del coche descendieron cuatro o cinco hombres mal encarados, trajeados de forma abigarrada —entre civil y militar— y armados tan excesivamente, que hubieran movido a risa... en otras circunstancias.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 11/1955.

Mateo «el Raspiles», cabecilla de aquella cuadrilla, preguntó sencillamente:

—¿Clara Revenga?

Y como nunca falta un Judas —aunque sea con faldas—, en aquel mismo momento terminó el «negocio» de Clara.

* * *

Zósimo —el barbero de la calle de San Bernabé y ex-sacristán de la iglesia de San Perico... ¡perdón!, de San Pedro—, tenía un gato y cierto remordimiento; pero este pesar interior y su justificación, no hacen al caso.

«Batillo», famélico y hambriento, entró en la buhardilla de Clara, colándose por un cristal roto. Aquel triste marramaquiz, husmeó por todas partes, y por último se subió encima de la cómoda.

¡Qué tiempos aquellos en que las vecinas tenían la sucia costumbre de envolver en un papel los despojos de las sardinas para arrojarlos al tejado o al patio! ¡Pero ya escaseaba hasta el pescado!...

Sobresaltado por un intranquilizador ruido que venía del exterior, «Batillo» dió un salto y escapó por donde había entrado.

Al suelo cayó la polvera y de ella salió rodando algo que parecía un viril, quedando detenido junto a los goznes de la puerta de entrada de la buhardilla.

* * *

La puerta fué abierta de un empellón. Aquellos hombres hicieron entrar a Clara a empujones, y guiados por una voz femenina —traidora y envidiosa—, empezaron a registrar frebrilmente.

* * *

Por la galería que daba acceso a aquellos abuhardillados pisos. avanzaba «Quiqui». atraído por el estruendo de los golpes y las airadas voces.

Con el torpe paso que sus dieciocho meses le permitían, llegó hasta la puerta y se asomó. Algo brillaba en el suelo, e intrigado, se agachó y lo tomó en sus manos.

Distraído, comenzó a alejarse por la galería, mientras que —con dedos torpes—, despojaba al viril de sus rotos cristales. Por fin, logró sacar un círculo de papel de barba, lo miró atentamente y por último lo arrojó al suelo, despreciativamente.

* * *

«El Raspiles» se acercó a la cómoda e inadvertidamente, de un puntapié, introdujo la polvera debajo del mueble. De un manotazo tiró al suelo los floreros, y comenzó a registrar concienzudamente, sin encontrar nada sospechoso.

Clara, aterrorizada y subyugada al mismo tiempo, no acertada a comprender lo que sucedía.

De pronto, dando un grito, se lanzó hacia la puerta. Y antes de que reaccionasen sus opresores, Clara bajaba ya por la escalera, tambaleándose, mientras gritaba histéricamente:

—¡Milagro! ¡Milagro!

Mateo se asomó al hueco de la escalera, pistola en mano, y disparó. Al observar que la vieja daba un traspiés, pero continuaba bajando, profirió una blasfemia, y de tres en tres comenzó a descender los escalones en su seguimiento.

* * *

Desde cinco meses antes, la vida era sumamente desagradable para «el Paneque» —como le llamaban sus alumnos de las escuelas...—. Extrañaba aquellas ropas que ocultaban su condición, y notaba la falta de tantas cosas...

¡Qué viento tan frío corría por aquella dichosa calle del Humilladero!

El estampido de un disparo detuvo los pasos de «el Paneque». Creyó que se acercaba la hora, y esperó.

* * *

Cuando Clara alcanzaba el bordillo de la acera —sin dejar de gritar su expiación—, su perseguidor llegaba al portal. Desde allí, el brutal caporal disparó por segunda vez.

La bala se alojó en la espalda de la perseguida mujer, y cayó al suelo de boca, quedando inmóvil sobre la sucia nieve. Luego, trabajosamente, intentó arrastrarse sobre aquel barrizal, apoyándose en los brazos, ya que de cintura para abajo había quedado paralizada.

Con paso lento se acercó Mateo, mientras que con un movimiento de la lengua trasladaba un mondadientes de una a otra comisura de los labios.

* * *

Nunca faltan espectadores, aun para los espectáculos más odiosos. Y «el Paneque» fué uno de tantos. Si alguien hubiera reparado en él, no hubiera podido afirmar si los labios del anciano temblaban de terror o si, por el contrario, decían algo. Tampoco hubiera podido asegurar si el ademán que hizo con una mano fué involuntario...

Después, una persona discreta logró entender lo que murmuraba «el Paneque», mientras se alejaba. Pero no se lo dijo a nadie:

—«Hódie sciétis, quia véniet Dóminus, et salvábit nos: et mane vidébitis glóriam eius».

Todavía faltaban unas siete horas...

* * *

«El Raspiles» sonrió, mostrando sus ennegrecidos dientes. Contempló con curiosidad a su víctima y su forma de arrastrarse le recordó la muerte de un perro que tuvo, ya hacía tiempo, al que le rompieron el espinazo de un trancazo. Pero ni aun así se despertó su conmiseración.

Clara recibió una tremenda patada en el pecho que la hizo caer derribada sobre el lodo, boca arriba.

Después, todo terminó.

* * *

Por la entreabierta puerta de una taberna situada tres o cuatro casas más abajo, se filtraba una musiquilla dulzona.

Un aparato de radio dejaba oír el «slow» «Stormy weather», interpretado por la orquesta de Harry Roy.

* * *

Mateo «el Raspiles» enfundó la pistola. Se subió los pantalones con un movimiento maquinal de ambos antebrazos. Escupió el palillo de dientes. Se limpió las narices con la manga de la zamarra. Y miró hacia arriba.

Luego, haciendo un ampuloso ademán de llamada, dije a sus compañeros:

—¡Vamos a tomar un chato!

Las nubes habían desaparecido. Había más luz y, sin embargo, anochecía.

FERNANDO ESPEJO

Toledo, Diciembre de 1955.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 11/1955.

AL CORRER EL TIEMPO "As time goes by"

A una criatura con flequillo que corrió por las arenas que baña el Mediterráneo, allá por donde España se «hace» romana y helénica.

Es llegado un tiempo en que parece inevitable el hablar sobre la Navidad.

Hermoso tiempo en verdad, aunque los carámbanos nos cuelguen del alma.

También hay otro en que la necesidad radica en oir «Don Juan Tenorio», y recitar «las ingeniosas gracias» que cada cual sabe acerca de la escena del sofá. Es el juego de las cuatro estaciones, como hay el juego de las cuatro esquinitas.

En Navidad, lo que repetimos hasta la saciedad, hasta la indigestión, es la escena del bollito. Ese bollito que nos ofrecen en todas partes y que en todas partes hay que comer entre angustias y asfixias, teniendo que decir al final con el peligro consiguiente de que nos metan otro en la boca.

—¡Están riquísimos! ¡Mucho mejores que los del año pasado! ¡Le han salido a Ud. estupendos!

Pero... no siempre, aunque el tiempo sea el propicio, tenemos el horno a punto. Es decir, que no está el horno para bollos.

Es más bien Navidad tiempo de recuerdos y no siempre felices. Quizá sea por eso también el tiempo en que se bebe más. El tiempo de los globos, orquestas y cataratas alcohólicas que pretenden asustar a los fantasmas de nuestra memoria. De ahí por ventura tanta artificialidad glotona.

Prefiero, no obstante, quedarme con las fechas desnudas y yo sin nada, con ellas. Lo más con un recuerdo insignificante que con su tremendo simbolismo me haga meditar.

Por eso en esta ocasión, como en otras muchas llegado el tiempo que corre, es la niña del flequillito la que marca mi pauta.

La Natividad

La Natividad es nuestra primera confusión mental, seria y transcendente.

Nuestra primera ingenuidad sorprendida. Nuestro primer rubor. Nuestro primer esfuerzo para comprender. Nuestro amor propio que dice en voz alta: —¡Sí, sí, ya lo sé! Y nos queda el desasosiego íntimo e interno de que lo sabemos mal y a medias.

Y surgen las primeras preguntas. ¿Por qué?... ¿Por qué?...

Es la ingenuidad infantil que mira sorprendida a los mayores. La ingenuidad, la inocencia y lo incomprensible frente «a lo mayor».

Y si la mirada, la pregunta o la respuesta es inadecuada o improcedente, es el primer bofetón. Bofetón, golpe quizá amable, porque el dador quiere que aprendamos.

* * *

A la niña del flequillito la llevó su tío a la ópera. Al Liceo.

Quería que su sobrina empezase a conocer cosas, y aficionarla dulcemente a la belleza. Y ella quedó sorprendida, encantada, de aquel mundo maravilloso de sus sueños. Su ingenuidad primera quedaba sorprendida. Ya iba conociendo. Pero era la primera vez y todo se desmenuzaba en «por qués» interrogantes.

«Sí, sí, ya lo sé». Era dignidad y amor propio. Y el primer choque de frente contra la débil inocencia.

El tío preguntó a su sobrina: —¿Has visto el gallo que soltó el tenor en el segundo acto?

—Sí, tío, ya le ví.

La respuesta fué segura, pero el interior quedó vacilante y confuso.

«¿Un gallo?». ¿Dónde había visto su tío un gallo? Ella creía tener los ojos limpios y sin embargo no vió ningún gallo.

Para ella era conveniente decir que sí. ¿Por qué? Pensó porque así lo decían los mayores, y así debía ser.

¡Y ella que creía saber!... Fué tal la interrogante que se reflejó en su rostro, que el tío, percatándose de ello, en tono burlón, la preguntó de nuevo.

—¿Con que le has visto?

—Sí.

—¿Y cómo era?

La criatura se dió cuenta; nuevo descubrimiento de que había burla de los hombres y de las mujeres en el mundo. Dudó. Pero continuó manteniendo la primera posición.

—Sí, tío, le he visto. Era de cresta roja y plumas amarillas.

—¡Así, que con cresta y plumas amarillas!, ¿eh?

Las bofetadas auténticas no suelen sonar...

* * *

Sólo la ingenuidad queda rota. Sorprendida la razón. Todo conocimiento de alumbramiento, nuevo mundo o descubrimiento, lleva consigo confusión y reserva. Ha habido inocencia, ingenuidad, pero cuando el pariente nos lleva a la ópera, comprendemos que ambas cosas va a ser necesario perderlas. Nos enrabiamos al principio con nuestro amor propio dañado por sorprendido, pero reímos, primera risa dolorosa,

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 11/1955.

porque vemos satisfechos que los problemas tienen orígenes cómicos.

Así veo yo la Navidad este año. Me parece el tiempo amable de la santa ingenuidad, de la simple inocencia. Tiempo de niñez.

¿Por qué no cuando decimos «gallo», no vemos los hombres un ave de roja cresta y amarillas plumas?

Porque al nacer algo nuevo ante nosotros también es llegado el tiempo de las preguntas, de las interrogantes.

¿Por qué hablamos los hombres tan confusamente? O mejor, ¿por qué no hablamos con inocencia?

Veo la Natividad como principio y fin de muchas cosas. Principios y fin de la inocencia. Fin y principio del conocimiento.

31 de Diciembre

A todo final le corresponde un principio. Durante algunos años esta situación se repite. Un día...

Mientras tanto se sucederán conocimientos, alegrías, ilusiones, juventud, príncipes encantados, carreras veloces, fatigas, trabajos, negruras, agotamientos y decepciones. Cuando tenemos todo y todo lo hemos experimentado, desde el dolor infinito hasta la infinita bondad, entonces nos emborrachamos. Corremos artificialmente en un baile con globos, serpentinas y uvas báquicas que permiten por algún tiempo confundirnos de entre tantas realidades. «Nuestras realidades» que pretendemos confundir. Es llegado, en suma, el tiempo de la confusión.

El tiempo perdido. El mismo que luego habrá que buscar afanosamente, como hizo Proust.

* * *

La niña del flequillo, en cualquier sitio, en el «Hote Miramar», de Málaga, o en el «Sexi», de Almuñécar, también quiere «celebrar algo». Confundirse, aturdirse.

Y en estas condiciones es llegada la hora de que sin darse cuenta replique inconscientemente entre una sonrisa, y a un caballero serio que observa la fiesta:

—¡Señor, eso no tiene tanta importancia!

Y el caballero que también intenta aturdirse, porque no hace un año que murió su esposa, sonríe. Después, para colmo, la niña del flequillo al irse, le grita:

—¡Bueno, a ver si ahora que se ha muerto, nos divertimos un poco!

* * *

Ha sido el aturdimiento. Luego se echa a correr, se esconde uno avergonzado y se llora.

También en este tiempo somos algunas veces felices y jóvenes.

Y es bueno ir perdonando mutuamente.

Porque la mañana de la boca pegajosa y amarga, la mañana de la sed, está cercana...

Y después...

Después, nada. Llegamos vacíos. Desvencijados. «De vuelta de muchas cosas...» A lo más, con «el hueco de algo que hubo». Sonreímos ya con ironía y preguntamos: «¿Pero has visto de verdad el gallo?».

Nos dedicamos a romper ingenuidades. Ni la niña del flequillo, ni yo, ni nadie, creemos en los Magos. Es lógico, porque tiempo ha, empezaron nuestros escepticismos para con los príncipes y doctores.

Es llegado el tiempo de la trágica esperanza... y pensamos que aún es posible que algún día pasen los Magos bajo nuestro balcón, y que en nuestro balcón dejen algo.

Una fotografía

Una tarde me enseñaron una fotografía patinada por el tiempo en la que una criatura dulce y hermosa tenía como característica un flequillito rubio y gracioso. Su posición era sumisa y bondadosa. Para mí será un recuerdo imborrable.

Quizás por eso hoy, he pensado que aquélla criatura podía haber sido la que corrió por la playa, la que vió el gallo, la que fué feliz y la que notó un vacío... que la esperanza puede llenar.

Yo por estas fechas suelo hacer unos ejercicios espirituales «un poco raros». Los de este año tienen como motivo el detalle de una fotografía. A mí me basta porque es una fotografía muy «grande». Me he dedicado por tanto a pensar en ella.

Mi conclusión ha llegado a ver unidas a la Navidad con la ingenuidad. La noche de San Silvestre con Baco sobre los hombros, y la fiesta de la ilusión... desilusionada, pero llena de esperanza.

Todo esto y un recuerdo siempre presente, el que sea, es necesario para seguir viviendo. Por eso yo he jugado en estas repetidas fechas que nos trae el correr del tiempo, con símbolos y realidades, con anécdotas y abstracciones con «recuerdos y presencias». He pensado para ser.

Para ello me sobró con ver correr hacia mí, por unas playas arenosas y suaves, bañadas de dulce azul de cielo y mar, una niña con flequillo.

Son las mismas playas que vieron la justa ley de Dalmáu, la arquitectura armónica de Ampurias, la pintura de Rusiñol, la escultura de Clará. Las playas de la vieja Tarraco, la de los sumergidos sepulcros romanos, las playas y calas de Salou.

Playas del ideal que igual podían haber sido las de la Bella Easo.

Lo importante es ver algo, un algo que llene nuestros «huecos» y con el cual y por el cual podamos decir: FELICIDADES, aunque los carámbanos nos cuelguen del alma.

FRANCISCO ZARCO MORENO

Toledo, 10 de Diciembre de 1955.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 11/1955.

Relación de Asociados de "Estilo" al finalizar el año 1955

Ausentes de Toledo

Allué Morer, Fernando.—Madrid.
Barroso, Víctor.—Illescas.
Calvo Garrido, Pedro.—Madrid.
Camarasa Martín, Santiago.—Madrid.
Delgado Mellado, Antonio.—Madrid.
Erroz Sorrosal, José.—Torrijos.
García del Moral, Eliso.—Madrid.
G. Calderón, José Fernando.—Madrid.
Gómez Camarero, Adoración.--Madrid
Guerrero Torres, Inocencio.—Madrid.
Jiménez de Gregorio, Fernando.—Murcia.
Jiménez Zapata, M.ª del Pilar.—Villacañas.
Lerma, Excma. Sra. Duquesa de.—Madrid.
Marañón, Excmo. Sr. D. Gregorio.—Madrid.
Marañón de Mora, Andrés.—Marjaliza.
Martín Robles, Julián.—Madrid.
Miner Otamendi, José Manuel.—Madrid.
Muncharaz Martín, Félix.—Puebla de Montalbán.
Ortiz Dou, Angel.—Madrid.
Peñalosa Esteban Infantes, Benita.—Madrid.
Sanz Ruano, Pedro.—Madrid.
Vézat, Maurice, Lycee Carthage (Túnez).

Residentes en Toledo

Abel de la Cruz, Emilio.
Acevedo Illana, Julio.
Aguado García, Antonio.
Aguado Quinzaño, Pedro.
Aguilar Navarro, Angel.
Aguilera Sánchez, Félix.
Albo Pascual, Antonio.
Alonso Barrios, Remigio.
Amusco Milla, Eduardo.
Amusco Padrós, Tomás.
Ancos Trigueros, Isabelo.
Aragón Arteaga, Agapito.
Aranda Alonso, Fernando.
Arce Aguado, Ruperto de.
Ariz Galindo, Román.
Arroyo Revenga, Juan.
Arroyo Sánchez, José.
Ayuso Pérez, Miguel.

Bacheti Brun, Alfonso.
Bardón Fernández, Antonio.
Bargueño Ontalba, Rafael.
Benayas Ciruelos, Alejandro.
Béjar Durante, Cecilio.
Béjar Sacristán, Federico.
Beviá Díaz, Félix.
Blanco Fernández, Evodio.
Bouso Martín-Urda, Juan.
Brasal Cruz, Victoriano.
Bretaño Aparicio, Adolfo.
Bueno, Saturnino.

Cabriá Millán, Julián.
Calderón Muñoz, Justiniano.
Calvo Gil, Enrique.
Camarero García, Tomás.
Campana Ruanova, Gerardo.
Campos Alonso, Fernando.
Cano Palomino, Adolfo.
Cano Palomino, Víctor.
Canosa Simón, Antonio.
Cardeña Puebla, Santiago.
Carrasco Areal, Rafael.
Carrillo Rojas, Luis.
Castaños Fernández, Emiliano.
Casteleiro Fontán, Manuel.
Castro Gil, José de.
Castro Herrero, Benjamín de.
Cirujano Robledo, Marcelino.
Cirujano Robledo, Santos María.
Clamagirand Jiménez, Amadeo.
Condado Paz, Victoriano.
Conde Gutiérrez, Nicolás.
Conde Gutiérrez, Manuel.
Cornide, Luis.
Corral Balmaseda, Julián.
Cortés García, Eusebio.
Cortés Contreras, Juan José.
Cortés Pérez, Miguel.
Criado Ocejo, Juan.
Criado del Vado Julián.
Cuadra Corral, Francisco de la.
Cuartero Rodríguez, Francisco.

Delgado Adeva, Tomás.
Delgado Vergara, Rodrigo.
Del Moral Villamor, Hipólito.
Del Valle Díaz, Félix.
Díaz Aguilar, Alfonso.
Díaz Aguilar, Manuel.
Díaz Aguilar, Valentín.
Díaz Chirón, Mariano.
Díaz Fernández, Teodoro.
Díaz Layas, Angel.
Díaz Marta-Martín, Gregorio.
Díaz Pérez-Grueso, Leonardo.
Díaz Sánchez Moreno, Teodoro.
Díaz Sanz, Máximo.
Dueñas Esteban, Pablo.

Espejo García, Fernando.
Estan Requena, Gabriel.
Esteban Infantes, José Manuel.
Esteban Ramos, Mariano.

Fernández Calvo, Tertuliano.
Fernández Contreras, Emiliano.
Fernández Fraile, Armando.
Fernández Franco, Daniel.
Fernández García-Donas, José.
Fernández García-Donas, Julián.
Fernández Torija, Florentino.
Ferrero García, Emiliano.
Flor Pérez, Leandro de la.
Flores Mandado, Emilio.
Foto «Estudio», Molina.
Font Maymó, Juan.

Galán Pérez, Angel.
Galiano Martínez, Bernabé.
Galiano Martínez, Jesús,
Galván Ramírez, Jesús María.
Gálvez Martín-Cleto, Emilio.
Gallardo Masa, Francisco.
Ganado García, Agustín.
Gárate Guerra, Josefa.
García García, Antonio.
García García, Claudio.
García García, José.
García García, José Emilio.
García Hernández, Isabelo.
García-Lomas Alessón, Leandro.
García López, Francisco.
García Manzano, Pablo.
García Martín, Teófilo.
García Martínez, Pablo.
García Ochoa, Daniel.
García Ochoa, Florencio.
García Ochoa, Francisco.
García Pardo, Francisco.
García Pardo, María Luisa.
García Parra, Aurelio.
García Rodríguez, Emilio.
García Rodríguez, Inocente.
García Rodríguez, Julián.
García Rojas, Mariano.
García Sánchez, Gabriel.
García Santacatalina, Evaristo.
García Tapetado, Eduardo.
Garrido Muñoz, Fernando.
Gómez Dorado, Eugenio.
Gómez Manzanilla, Víctor.
Gómez-Menor Fuentes, Rafael
Gómez-Menor Ortega, Rafael.
Gómez de Salazar, José María.
Gómez de Salazar Nieto, M.ª Angela.
González Ampudia, Antonio.
González Franco, Saturnino.
González Sánchez, Manuel.
González Villalba, Mariano.
Granell Caballero, Joaquín.
Guerrero de la Cruz, Manuel.
Gullón Martínez-Grande, Eutiquiano.
Gutiérrez Criado, Aurelio.
Gutiérrez Gómez, Luciano.
Gutiérrez de Miguel, Mariano.

Hera Cirias, José María de la.
Heredero Sancho, Esperanza.
Hernández Casanova, José.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 11/1955.

Hernández Peironcely, Francisco.
Hernández Toledo, Francisco.
Herrada Martín, Dionisio.
Herrada Conde, José.
Herrada Conde, Vicente.
Hidalgo Santos, Isidro.
Higuera Bargueño, Juan.
Hipólito, Fernando.
Huete Díaz-Roncero Amancio.
Huete Díaz-Roncero, Vicente.
Hurtado del Valle, María Pilar.

Jerez Sánchez-Cabezudo, Raimundo.
Jiménez Conesa, José.
Jiménez Martín, Julio.
Jiménez Martín, Mariano.
Jiménez Moreno, Francisco.
Jiménez Paúl, Miguel.
Jiménez Peñalosa, Juan.
Jiménez Zapata, Rafael.
Juárez Ruiz, Adalberto.

Labrado Escobar, Guillermo.
Labrado Ovejero, Germán.
Lahera Moraleda, Emilio.
Lanchas Jiménez, Julián.
Lanza Morales, Manuel.
Ledesma Navarro, Gabriel.
Letamendía Moure, Carlos.
Lillo García-Cano, Javier.
Linares Graciani, Julio.
Loaísa Pérez, Cruz.
López Fando, Mariano.
López Gómez, Jesús.
López González, Máximo.
López Gutiérrez, Pedro Manuel.
López Ruiz, Doroteo.
Lorente Sánchez, Jocundiano.
Losada Pérez, Antonio.
Ludeña Canosa, Leocadio.
Luján Roberto, Valerio.
Luján Torregrosa, Salvador.

Maeso Martín, Antonio.
Macho Rogado, Victorio.
Mansilla, José María.
Manso Fernández-Serrano, Luis.
Manzanares Espinosa, Fernando.
Marín Marín, Andrés.
Marín Martín Andrés, Excmo. Sr. Gobernador Civil de Tenerife.
Maroto Farled, Félix.
Martín Aguado, Bonifacio.
Martín Albarrán, Juan.
Martín Bermejo, Vicente.
Martín Delgado, Demetrio.
Martín Forero, Vicente.
Martín Gómez, Francisco.
Martín Pintado, Manuel.
Martín Pretonilo, José.
Martín Pretonilo, Julio.
Martín Pretonilo, Manuel.
Martín Robles, Joaquín.
Martín Sánchez, Felipe.
Martín Sánchez, Rafael.
Martín Tordesillas, Ramón.
Martínez de Cepeda, Vicente.
Martínez Gómez, Aureliano.
Martínez Sánchez, Doroteo.
Medrano del Val, José.
Mesa Alonso, Jerónimo de.
Moreno Díaz, Angel.
Moreno Díaz, Esperanza.
Moro Linares, Eduarda.
Moro Linares, María Cruz.
Muro Ruano, Enrique.
Muñoz Corrales, Antonio.
Muñoz Martín, Antonio.
Muñoz de la Quintana, Eduarda.

Navarro Rojas, José.
Niveiro García-Lago, Isidoro.
Nogales Sánchez, Ramón.
Núñez López, José María.

Ortega Esteban, Balbino.
Ortega García-Frutos, María Teresa.
Ortega López, Domingo.
Ortega López, Pablo.

Pablos Fernández, José María de.
Palencia Flores, Clemente.
Paredes Salinas, Luis.
Pascual Martín, Julio.
Pastor Gómez, José.
Payo Subiza, Gonzalo.
Patiño San Juan, Cleto.
Peña Fernández, Esteban de la.
Pérez Alonso, Mariano.
Pérez Casero, Mariano Enrique.
Pérez Ferrer, Teodosio.
Pérez Grueso Rivero, Mariano.
Pérez Gutiérrez, Francisco.
Pérez de Juana, Manuel.
Pérez Leria, Manuel.
Pérez Montes, Marciano.
Pérez Pérez Regadera, Felipe.
Perezagua Jiménez, Jesús.
Pintado Martín, Pedro.
Pleite Tordera, José.
Pomeda Varela, Alejandro.
Postigo Ruiz, Enrique.
Potenciano Sánchez, Nemesio.
Pous Juva, Andrés.
Puente Puente, Indalecio de la.

Quijorna Dueñas, Esteban.
Quismondo, Vicente.
Quismondo Martín, María.

Ralero Tolón, Mariano.
Ramírez Trigueros, Juan.
Reaño, Manuel.
Redondo Redondo, Francisco.
Relanzón y García-Criado, José.
Reposo Ramírez, Jesús.
Revenga Salamanca, Máximo.
Rey García, Mariano.
Rico Balmaseda, Emilio.
Riera Vidal, Pedro.
Río Tordera, Fernando del.
Ríos Buch, Julio de los.
Rivera Recio, Juan Francisco.
Robles Soriano, Francisco.
Rodríguez Díaz, Apolinar.
Rodríguez Dorado, José.
Rodríguez, «FOTOGRAFÍA» de.
Rodríguez Garrido, Luis.
Rodríguez Rodríguez, Luis.
Rojo Carrillo, Luis.
Romero Carrión, Manuel.
Romero Escobar, Manuel.
Ros Campillo, Jerónimo.
Rubia Segovia, Teodoro de la.
Ruiz García de Blas, José María.
Ruiz de los Paños, José.
Ruiz Rodríguez, Jenaro.
Ruz Ciudad Real, Felipe.

Salamanca Tordera, Valentín.
Sales Córdoba, Antonio Francisco de.
Sánchez Alhóndiga, Ignacio.
Sánchez Beato, Marciano.
Sánchez Alhóndiga, José.
Sánchez Briones, Bienvenido.
Sánchez Delgado, Evaristo Lucas.
Sánchez de la Fuente, Julio.
Sánchez y García Mora, Virgilio.
Sánchez Herrera, Julián.
Sánchez Herrera, Socorro.
Sánchez López, Miguel.
Sánchez Moraleda, Celestino.
Sánchez Palencia-Calvo, Antonio.
Sánchez Pedraza, Alejandro Luis.
San Román Moreno, Julio.
Santiago Ludeña, Manuel.
Serrano Camarasa, Florentino.
Serrano López, Luis.
Serrano Rubio, Mariano.
Serrano Varona, Jacinto.
Serrano Vivar, Luis.
Sierra Bueno, Tomás.
Souto Feijóo, Alfredo.
Suañas, Concepción.
Suárez Sánchez, Félix.

Téllez González, Guillermo.
Toledano Bonilla, Pedro.
Torán Pérez, José.
Torres Ariza, Julián.
Torres Martín, Alejandro.

Vargas Díaz, Ambrosio.
Vaquero Pérez, Felipe.
Veloso Puig, Enrique.
Vera Sales, Enrique.
Vidal Soler, Jaime.
Villalba Pérez, Rafael.
Villacañas, Juan Antonio.
Villacañas Colastra, Mariano.
Villagómez Rodil, Alfonso.
Villamor Sánchez, Félix.
Villarroel Bautista, Gregorio.
Vinader Corrochano, José.
Viñuelas Escudero, Francisco.
Viñuelas Escudero, Luis.

Yepes Arroyo, Domingo.

Zarco Moreno, Francisco.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 11/1955.

MINISTERIO DE INFORMACIÓN Y TURISMO

DELEGACIÓN PROVINCIAL DE TOLEDO

La Dirección General de Cinematografía y Teatro, en cumplimiento de lo dispuesto en la Orden Ministerial de 21 de Junio de 1955, ha convocado un Concurso Nacional de obras de teatro infantil, para la publicación de cuatro premios, dotados económicamente en la siguiente forma: dos de 30.000 pesetas y dos de 25.000 pesetas cada uno, para adaptaciones de temas aptos para el niño.

El plazo de admisión de obras para tomar parte en este Concurso terminará el día 5 de Abril del corriente año, a las doce horas.

En los locales de esta Delegación Provincial, sita en Armas, 6, pral., se encuentran expuestas las Bases por las que se rige este Concurso, a disposición de las personas a quienes pudiera interesar.

Toledo, Enero de 1956.

La Dirección General de Cinematografía y Teatro, en cumplimiento de lo dispuesto en la Orden Ministerial de 29 de Abril de 1954, que instituye el Premio «CALDERÓN DE LA BARCA», dotado con 30.000 pesetas, convoca un Concurso Nacional de Autores Noveles de Teatro para la adjudicación de dicho Premio.

El plazo de admisión de obras para tomar parte en dicho Concurso, termina el día 30 de Abril del corriente año.

En esta Delegación Provincial, se encuentran las Bases del Concurso, a disposición de las personas a quienes pudiera interesar.

Toledo, Enero de 1956.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 11/1955.

RAFAEL GÓMEZ-MENOR, IMPRESOR
Sillería, 13 y 15 y Comercio, 57.—Toledo

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 11/1955.